

La Esfera



Año I * Núm. 39

Precio: 50 cént.



RETRATO DE MUJER, por Pedro Sáenz



A. Ehrmann.

lo mejor para el pelo
PETROLEO GAL

Año I

26 de Septiembre de 1914

Núm. 39

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



PRINCESA MARÍA JOSEFA DE BÉLGICA

DIBUJO DE GAMONAL

Única hija del Rey Alberto y de la Reina Isabel, que con su augusta madre y sus hermanos han buscado refugio en Inglaterra durante la invasión alemana. Nació en Ostende, en 1906

ECOS DE LA GUERRA

LO ANSIADO

Se ha dicho y, quizá, se dice todavía «Alemania necesitaba la guerra». La aseveración es absurda, porque la guerra puede merecer cualquier calificativo menos el noble que expresa necesidad. Se necesita lo que reporta provecho, bienestar, ó ventura, pero no lo que sólo responde al insano propósito de aniquilamiento y destrucción. La necesidad habla de vida y lo que más claramente se oye en la guerra, es la voz de la muerte.

Cuando los pueblos felices se lanzan á sangrientos combates, recuerdan á los hombres viciosos que disfrutando de las delicias de la suerte, sienten, sin embargo, el afán de probarla en el juego y encuentran la ruina en los azares de la baraja ó de la ruleta. El rico por propio esfuerzo, no expone su caudal á peligrosos envites; el que por herencia es capitalista, como ignora el trabajo con que se amasó la fortuna, la arriesga fácilmente. Los directores de países propicios para perturbar la paz son aquellos que sintiendo el orgullo del poder que representan, no han sufrido el sacrificio que costó alcanzarle.

Por lo mismo, en esta espantosa ocasión, cuando se cuentan por muchos millares las vidas juveniles que se apagan; cuando la producción se paraliza y el estrago no tiene minuto de reposo; cuando las campiñas fértiles se truecan en cementerios y las espléndidas ciudades en montones de ruinas, bueno es ir averiguando por qué y por quién se inició la guerra, trocando el espectáculo soberbio de la paz fecunda, por el tétrico del duelo y la devastación.

Mientras los países vivían aislados y las fronteras eran efectivas, las guerras, siempre terribles, no causaban los males de ahora; pero ya las luchas armadas no se limitan á los pueblos beligerantes. La paz se altera para los que combaten y para los que no intervienen en la contienda, y por ello la ira, la soberbia y la avaricia, no sólo producen víctimas en los que se dejaron arrastrar por los pecados capitales, sino que dañan además á quienes no perdieron ni la templanza, ni la humildad, ni la largueza propias de los espíritus justos.

Acaso se justificaría un duelo que pudiese en peligro á las naciones que lo mantuvieran, pero no hallarán disculpa, ni ante Dios ni ante los hombres, los que fueron capaces de interrumpir la vida de todo un continente y por ímpetu personal, por alarde político, por invencible codicia, descargaron sobre millones de seres, la muerte, el dolor y la miseria.

Se clama contra los revolucionarios porque ansían demoler cuanto existe en el mundo, para después reconstruirlo conforme á sus delirios, y son los hombres de orden y gobierno, son los encargados de mantener y dilatar la obra progresiva de la humanidad, quienes devastan campos, derrumban ciudades y dejan sobre surcos deshechos y escombros humeantes, los cadáveres de miles de jóvenes que eran la esperanza de su generación. Así se comprende que todos rechacen la responsabilidad de haber iniciado la lucha, que arrasa á Europa. Es de lo que registra la historia para maldecir á sus causantes, lo mismo quedando victoriosos que vencidos, que sólo cuando se trata de guerras nobles pueden jactarse sus mantenedores, vencidos ó victoriosos, de haberlas provocado.

En los países que ahora procuran su mutuo exterminio, hay muchos trabajadores de la Ciencia que, en el laboratorio ó en la clínica, persiguen á los enemigos de la salud. Contra la tuberculosis, contra el cáncer, contra las plagas que afligen á la humanidad, se esfuerzan los sabios, y un día Koch alegra al mundo con la esperanza de que sus descubrimientos darán la pauta para vencer á la más implacable de las do-

lencias, y otro día hábiles operadores penetran en las cavidades orgánicas prolongando con sus maniobras las vidas de pacientes desahuciados. Toda esa labor gloriosa y productiva, queda anulada en un momento, pues más que la tuberculosis, segadora de vidas juveniles, más que el cáncer que come la fruta madura del árbol humano, destruye la acción belicosa que en unos minutos suprime á millares de seres.

¿Puede considerarse como necesaria la guerra, Alemania, que ostenta con legítimo orgullo su fecundidad? Por ser fecundo es fuerte el país germano. El territorio que ahora ocupa el Imperio alemán, tenía en los principios del siglo XIX veinticinco millones de habitantes, de los que las tres cuartas partes, hallábanse en el campo. Desde 1816 á 1845, los veinticinco millones aumentaron hasta treinta y cuatro y medio. En 1820 había cuatro millones de franceses más que alemanes. En 1850 era igual el número de unos y de otros. Hoy Alemania tiene sesenta millones de habitantes, veinte más que Francia, crecimiento extraordinario que representa uno de los medios

reunidos, tanta actividad floreciente, tanta y tan exuberante explosión de riqueza? ¿Puede desearse la lucha un pueblo que siente aficiones artísticas y tiene amor por la cultura? El servicio postal demuestra que en Alemania son muchos los que saben leer y escribir. En 1851 había por cada habitante tres cartas; en 1900 subieron á 58'57 por habitante; en 1904 eran ya 72'26. La suma total de envíos postales en cada año es de más de 7.000 millones. Pues todo eso, que registra con justificado alborozo la estadística, representa una suma de poderosas razones contra la guerra y todo ello quedará quebrantado, cuando no perdido, el día en que empiece la paz, convalecencia peligrosísima de la terrible enfermedad que ahora se padece.

El Imperio germánico ha olvidado, acaso, los sabios consejos de uno de los creadores de su grandeza: de Bismarck. En 1878 hablaba el Canciller ante el Reichstag, con motivo de la cuestión de Oriente y decía: «No comprendo por qué se ha supuesto que nos aventuráramos en el camino napoleónico, encargándonos del papel de

árbitros ó pedagogos en Europa. Jamás contraeremos la responsabilidad de sacrificar á tal propósito la amistad segura y probada que nos muestra una grande y poderosa nación vecina y la que nos une á varios Estados europeos. Nada de comprar la paz de los demás á costa de la nuestra. Obteniendo un aumento de poder, Alemania ha contraído obligaciones nuevas. Una guerra para defender contra el extranjero nuestra independencia, para proteger nuestra unidad en el interior, para salvar intereses tan legítimos, que cuando nos aprestemos á defenderlos estemos sostenidos no sólo por el

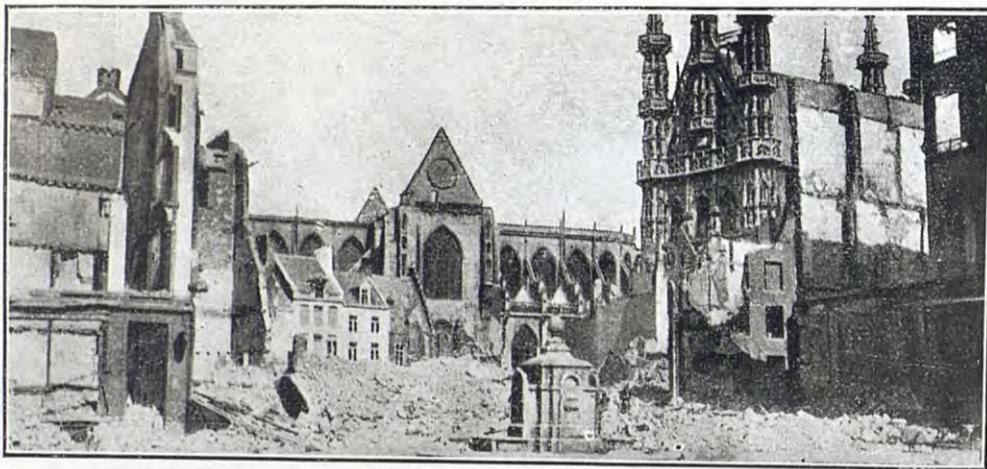
voto unánime del Consejo federal, sino también por la convicción profunda y el ardiente entusiasmo del pueblo alemán; una guerra así, es la única que estoy dispuesto á aconsejar al Emperador». Tal lenguaje habló Bismarck hace treinta y seis años, cuando saboreaba la gloria de haber puesto sobre las sienes de su rey y en corazón de la tierra francesa el símbolo imperial. Pero Bismarck, con Guillermo I y Moltke era autor de la grandeza que le enorgullecía. Pudo crearla con sus esfuerzos y no representaba el papel de rico heredero, desconocedor de las pesadumbres sufridas en los días de miseria. Si el gran estadista se alzase de la tumba, lloraría la suerte que ha cabido á la vieja Europa, puesta en fuego cuando más necesitaba la paz.

Pero no se añade al pesar que produce la contemplación del desastre, el sarcasmo de sostener que uno de los pueblos que están en lucha tenía necesidad de la guerra. Los mismos que hayan contribuido á producirla, sentirán ahora infinito remordimiento, porque el mal causado supera á lo que pudo sospechar el más siniestro creador de maldades.

¡Que una nación necesite la guerra! Lo que todas ansían es la paz, la bendita paz que ahora se echa de menos y muy especialmente por los espíritus sencillos, los que no aciertan á comprender cómo seres superiores de la tierra, superiores al menos por su gerarquía social, truecan en desolación la prosperidad acumulada durante años venturosos, trabajosos, que hasta la cumbre pisada por los que imponen al mundo el estrago, no pueden llegar los humildes, que con el tierno y dulce poeta de Asturias dicen:

El que no vió quiciás llegar á casa
el carruco los frutos de la tierra,
y como el tiempo en recoxelos pasa
y cuanto fuelgu y esperanza encierra
y el gustu que produz puru y sin tasa
enhorabona fale de la guerra
y envíe los palacios, los honores
y el arrullo que gasten los señores.

J. FRANCO RODRÍGUEZ



La Plaza y la Catedral de Lovaina destruidas por los alemanes

más eficaces con que contaron los varios Estados germánicos, para convertirse en firme y arrogante Imperio. ¿Puede un pueblo fecundo sentir la necesidad de que sus legiones se mermen y se estraguen, puesto que muchos de los que no perecen se truecan de vigorosos y sanos en depauperados y enclenques?

Con la guerra no sólo se pierden vidas humanas; desaparecen también las grandes organizaciones productoras é industriales. Alemania ha crecido en habitantes y por ello creció en riqueza. En 1880 producía 50 millones de toneladas de hulla y 27 de fundición. En 1905, las toneladas de hulla fueron 121 millones y 11 millones las de fundición. Desde 1905 adelantó Alemania á Inglaterra como productora de acero y de hierro, viéndose competida únicamente por los Estados Unidos del Norte de América. ¿Para qué necesitaba la guerra, como no fuese con el fin de suprimir el manantial de oro que fluía de sus inmensos talleres?

Con las vidas humanas, con el movimiento industrial poderoso, se arruina también las artes del Comercio en los países entregados á luchas sangrientas. Los cambios comerciales realizados por Alemania en 1905, representaron una suma de 12.007 millones de marcos, bien que según una estadística norteamericana, el valor global de la industria alemana era de 2.900 millones de dólares, que representan 650 millones más que la cifra correspondiente á Francia de 2.245 millones. Sobre Alemania no había otros países, exceptuando Inglaterra (4.100 millones) y los Estados Unidos (7.000 millones). En el tráfico comercial el primer puesto corresponde ahora á Inglaterra, el tercero á los Estados Unidos y el cuarto á Francia. En el segundo está Alemania que hace quince años se hallaba en el sitio que ahora ocupa Francia, colocada entonces en el segundo puesto.

¿Pudo, pues, Alemania pensar en la necesidad de la guerra, que es muerte, estrago, paralización, pobreza, cuando poseía tantos intereses

LOS HUÉRFANOS DE LA GUERRA :-: :-:
 :-: :-: Y LOS ABANDONADOS EN LA PAZ



No nos conmueve la guerra? Hace días ya, á principios de este mes, el doctor Maestre, sabio entre los sabios y escritor entre los escritores, dió rienda suelta á las magias abundosas de su retórica para pedir que nuestra neutralidad dejase de ser fría y egoísta y se trocase en neutralidad humanitaria y que España se convirtiese en nación de refugio. Dos periódicos comentaron su artículo, acaso más por afecto al autor que por estimación á su idea. Pasada una semana, Maestre insistió en que nuestras fronteras, nuestros bolsillos y nuestro corazón debieran abrirse de par en par á ese tremendo dolor, á esa desolación sin medida y sin par en las mismas catástrofes ciegas que la Naturaleza ocasiona: el terremoto, la inundación, la epidemia, el incendio, el naufragio...

En cualquiera de estas adversidades fué fácil conmover á España y mover su caridad. Pero ahora, España está sorda, y el doctor Maestre apelará á su corazón en vano.

Es que las desdichas que la guerra produce y ha de producir aún, son superiores á todas las posibilidades de nuestra misericordia. Es que, además, los daños comienzan á repercutir en los hogares españoles y todos sentimos claramente el temor lógico de que estos daños han de acrecentarse cada día. Es, finalmente, que en el terremoto, en la inundación ó en la epidemia consideramos la desdicha no buscada, sino traída por un azar ciego ó una providencia vengadora, mientras que en la guerra vemos la adversidad provocada por la libre voluntad humana. Las naciones beligerantes pelean y se destrozan porque así lo quieren, porque así lo vienen queriendo desde hace cuarenta años, por móviles políticos ó económicos, por soberbias y odios de raza, por apetitos desordenados de dominio ó enriquecimiento. En ese plazo han gastado miles de millones en armamentos guerreros; dilapidan ahora el dinero á manos llenas para destruirse; Inglaterra ha tenido el orgullo de decir que ganará la guerra quien disponga de los últimos mil millones y ella los tendrá. Pues entonces, ¿caridad de qué? ¿misericordia de qué? El comerciante de un país neutral como España, que ve perturbados y quebrantados sus negocios, y el obrero que ve sucederse los días sin poder reanudar su trabajo, ¿deben sentir su voluntad inclinada á contribuir para remediar los daños de la guerra? No. Si Francia ó Alemania necesitan médicos y farmacéuticos para sus hospitales, pueden buscarlos y pagarlos, como buscan soldados que peleen y compren armas y municiones.

No confundamos la pena que, como hermanos,

debe producirnos tanto dolor y tanto estrago, con el espíritu de solidaridad de que nos sentimos poseídos ante las desgracias no buscadas por la terquedad ó la imprevisión. La misma piedad que se desborda en Inglaterra, en Francia y en Alemania por las víctimas de la guerra no es piedad pura, sino noción del deber, prolongación y derivación de la misma acción armada en la que cada ciudadano pone lo que puede: unos el riesgo de sus vidas, otros el dinero y las mujeres el trabajo de sus manos y los alientos de su corazón en los hospitales y en los hogares donde llegaron noticias de muerte.

Así, la impasibilidad que se advierte en los países neutrales, lo mismo en España que en Suecia, que en toda América es lógica y es humana. Pero hay algo sagrado que debe conmovernos: ¡son los niños, los que quedan huérfanos, sin hogar, sin pan!

A ellos solamente debe llegar nuestra neutralidad humanitaria. Es indudable que cuando la guerra termine, cada país remediará como le sea posible los daños de la contienda.

Pero, ¡entre tanto!.. ¡Esos pobres niños, aterrorizados y hambrientos entre las ruinas de las aldeas arrasadas ó mendigando por las calles de las ciudades! ¡Esos pobres niños, que no han deseado la guerra, que no tenían aún ambiciones bastardas para provocarla!.. ¡Esos pobres niños que llevan en sus retinas todo el espanto de la brutalidad fiera que presenciaron!...

Si fuera posible, si la empresa no tuviera dificultades insuperables, ¿no sería la única fórmula de nuestra neutralidad humanitaria, recorrer Bélgica y el Norte de Francia y la Prusia oriental y la frontera austro-rusa y recoger los millares de niños que han quedado allí huérfanos, sin hogar, hambrientos? ¿Se consideraría rota nuestra neutralidad política porque el Gobierno propusiera juntamente á todos los beligerantes que enviaran sus huérfanos á España? Pero, ¿dónde están aquí los asilos para acogerlos? ¿Cómo improvisaríamos aquí refugios, donde recluir á los pobres niños que no pareciera sino un nuevo tormento que añadir á su desdicha?

Y luego, doctor Maestre, sabio idealista y romántico literato, ¿no aplacarías un poco su alborotado corazón de hombre bueno, pensar en los pobres niños analfabetos, miserios, hambrientos que llenan las calles de las ciudades españolas? No son huérfanos de la guerra, no han presenciado la fiera bestialidad de una batalla, ni han ensordecido escuchando el estampido de los cañones, pero son algo más desdichados todavía. Son los abandonados por el egoísmo social en

las alegrías y bienandanzas de la paz; son los frutos de la incultura; son los hijos, no del vicio y la holgazanería, sino de la tolerancia criminal que las ineptas autoridades españolas, tienen con la holgazanería y el vicio.

Siquiera los niños belgas, los niños franceses, los niños alemanes cuyos padres fueron destruídos por la guerra, cuyos hogares fueron destruídos por el cañón enemigo, compensarán su dolor de ahora uniéndolo mañana á un recuerdo honroso y á un ideal; tendrán derecho al amparo de sus conciudadanos y su nación, ¡pero los hijos de la miseria española, de la incultura española, carne de lupanar y de presidio, ¿en qué recuerdo ni en qué ideal, ni en qué estímulo de gratitud podrán hallar un engarce que trastrueque sus vidas fatales y las oriente hacia días de felicidad que les están vedados?

Si hay caridad, háyala para los niños españoles. La guerra es egoísmo y la neutralidad también. Los pueblos que han planteado la contienda, lo han hecho empujados por una ley de su vida, por una necesidad de su expansión ó su predominio, y los pueblos que nos mantenemos cruzados de brazos, procedemos por móviles iguales. Y sería una tremenda equivocación sentirnos misericordiosos ante la crueldad. Aquellos pueblos que dilapidan sus enormes riquezas en la guerra, deben bastarse á sí propios para remediar sus daños y reparar injusticias.

¡Querido doctor Maestre! En España hay muchos hogares sin pan, muchas viudas en miseria, muchos niños abandonados, muchos enfermos cuya muerte lo mismo impórtales que les llegue de una herida de guerra que de una laca de paz! Si esta es la hora de las grandes misericordias, si al fin Cristo toca en el corazón de la católica España, si los ricos españoles sienten que un milagro trueca sus garras cerradas en dedos abiertos, comencemos como Cristo, por redimir nuestro propio pueblo, nuestra desdichada Judea, y luego, ya verán nuestros sucesores cómo predicán la buena nueva de la paz y la misericordia por esos desbaratados mundos, que tan firmemente se destrozan!

DIONISIO PEREZ

ARTISTAS ESPAÑOLES
EL PINTOR PEDRO SÁENZ



EL ILUSTRE ARTISTA PEDRO SAENZ, EN SU ESTUDIO DE MÁLAGA

FOT. OSUNA

Pedro Sáenz, nació en Málaga, cuna de tantos artistas ilustres. Desde muy joven se consagró por entero á la pintura, siendo discípulo de D. Bernardo Ferrándiz y de la Academia de San Fernando. Después, deseoso de ampliar su educación artística se trasladó á Roma y á París, sucesivamente, donde encontró la verdadera y admirable orientación que tantos triunfos habría de proporcionarle.

Es realmente un pintor de mujeres. Rara vez interpreta figuras de hombre; casi la totalidad de sus cuadros son como exaltaciones de la be-

leza femenina. Tiene las siguientes recompensas: terceras medallas en las Exposiciones Nacionales de 1887 y 1895; segundas medallas en las de 1897 y 1899; consideración y honores de primera medalla en la de 1901; encomienda de Alfonso XII en la de 1904; y otras medallas de primera y segunda clase en varias exposiciones extranjeras. Sus cuadros más populares son: *La tumba del poeta*; *La toilette de la modelo*; *Inspiración*; *Una cantante*; *El descanso de la copla*; *Entre columnas*; *El año que nace*; *Stella Matutina*; *Crisálida*, etc. etc.

LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



RETRATO DE LA SEÑORITA M. DE C., por Pedro Sáenz

EL ARTE DE PEDRO SAENZ



“Después de la cena”, cuadro de Pedro Sáenz

REPROCHÁBANLE en cierta ocasión á Juan Boldini—el ilustre retratista de mujeres, que comparte con La Gándara y Helleu la exclusiva de las elegancias pa' isisenses—el adulador retrato de una dama que ya bordeaba la cincuentena.

El artista italiano se encogió de hombros y repuso:

—Ese, como otros varios, es un caso de gratitud á mi arte. Yo le estoy agradecido al placer de pintar mujeres bonitas, bien vestidas y cubiertas de joyas ó de flores, sobre fondos armoniosos y elegantes. Si alguna vez la modelo no responde con la frescura ó la belleza de su rostro, á las otras bellezas indudables del traje, las joyas y los fondos, lo sueño tal y como ella quisiera ser y quedamos ambos complacidos.»

Acaso en estas palabras está resumida y admirablemente defendida la estética de los pintores de la belleza femenina.

Realmente es deleite subidísimo y exquisito el pintar mujeres bonitas y elegantes. Es una armónica relación de motivos distintos, y todos bellos, la que se ofrece al pintor: joyas, sedas, encajes, pieles, gasas, flores, oros y cristales de frágiles vitrinas, polícromas arrogancias de señoriales tapices, obscuras maderas de viejos muebles, ó también tranquilos crepúsculos recortados por un balcón abierto sobre un jardín, á la manera de esos lienzos inmortales de los venecianos.



“En espera” cuadro de Pedro Sáenz

En toda la obra tan extensa y notable de Pedro Sáenz, encontramos siempre siluetas de mujer. Unas veces desnudas y otras envueltas en costosas pieles, vaporosas gasas, sutiles encajes ó blondas sedas.

Esta complacencia del artista en la elección de asuntos y modelos se refleja luego en su arte.

Surgen espontáneas todas las buenas cualidades técnicas y causan sus cuadros una grata sensación de placidez, de suavidad, de melodiosa ternura. Idéntico empeño pone en robar á las carnes desnudas sus nácares y rosas, que á los accesorios decorativos sus valores exactos. Además, el parecido. Los retratos de mujeres pintados por Pedro Sáenz, acusan claramente el carácter del modelo. Y, sin embargo, lo mismo los retratos que los cuadros de desnudo, tienen el sello inconfundible del artista. Nadie ante un lienzo de Pedro Sáenz vacila lo más mínimo en reconocer que de los pinceles del ilustre pintor ha salido.

Esto es lo que constituye la personalidad de un artista. Es el espíritu del pintor que asoma detrás de la figura pintada y que prolonga por toda la obra de Pedro Sáenz, como he dicho antes, una sutilísima sensación de languidez, de suavidad, de dulzura, no exentas de melancolía...

También acaso contribuya á esta admirable semejanza de unos cuadros á otros, el laudable empeño de colocar casi siempre «de frente» á sus mode-

los. Esta costumbre indica la confianza que en sí mismo tiene el artista... y la belleza de las mujeres que le encargan retratos, ó elige él para modelos.

Los retratos «á luz plana» donde no existe la defensa ni el auxilio de los oscuros en que apoyarse para conseguir el carácter, son los más difíciles de pintar. Pedro Sáenz lo sabe y, sin embargo, acomete siempre el propósito de resolver victoriosamente esta dificultad, insuperable para muchos.

ooo

La historia artística de Pedro Sáenz es muy brillante y pródiga en triunfos.

Hoy día, en plena madurez de sus facultades, tendría derecho al descanso tan gloriosamente conquistado; pero el ilustre malagueño es un luchador infatigable y trabaja con el mismo entusiasmo é idéntica fiebre que en los días lejanos de París, cuando imaginaba su cuadro *La tentación de San Antonio*.

Este lienzo fué premiado con tercera medalla en la Exposición Nacional de 1887. Felizmente compuesto, y pintado con una paleta fresca, juvenil, de una sensualidad alegre, representaba varios desnudos femeninos en torno de la figura ascética del santo.

De desnudo también fueron los cuadros *Crisálida é Inocencia*, premiados con segunda medalla en las Exposiciones Nacionales de 1897 y 1899, que adquirió el Estado y figura en el Museo de Arte Moderno.

Sin que los desnudos de la *Tentación de San Antonio* inspiren una violenta emoción de lujuria, —porque ya he repetido que el temperamento de Pedro Sáenz solo ama las notas plácidas, las bellezas serenas, las actitudes tranquilas— existe la lógica diferencia entre estos dos desnudos y los que turban el misticismo del santo anacoreta. Pero el desnudo más bello de Pedro Sáenz es el de *La tumba del poeta* y tal vez sea éste, también, su cuadro más admirable. Todo en este lien-



Retrato de la señora de Danery, por Pedro Sáenz

zo responde al concepto clásico del dolor que tenían los helenos y que en sus frescos y en sus mármoles queda supeditado á la serenidad y armonía de las líneas. Como en el arte helénico, la musa del poeta se tapa el rostro para no dejarle ver deformado por la desesperación y son á la manera de paganos comentarios el bajo relieve de la derecha y el fondo azul del mar...

¡Página sentida y bien interpretada la de este cuadro que había de recorrer triunfalmente varias exposiciones europeas y americanas!

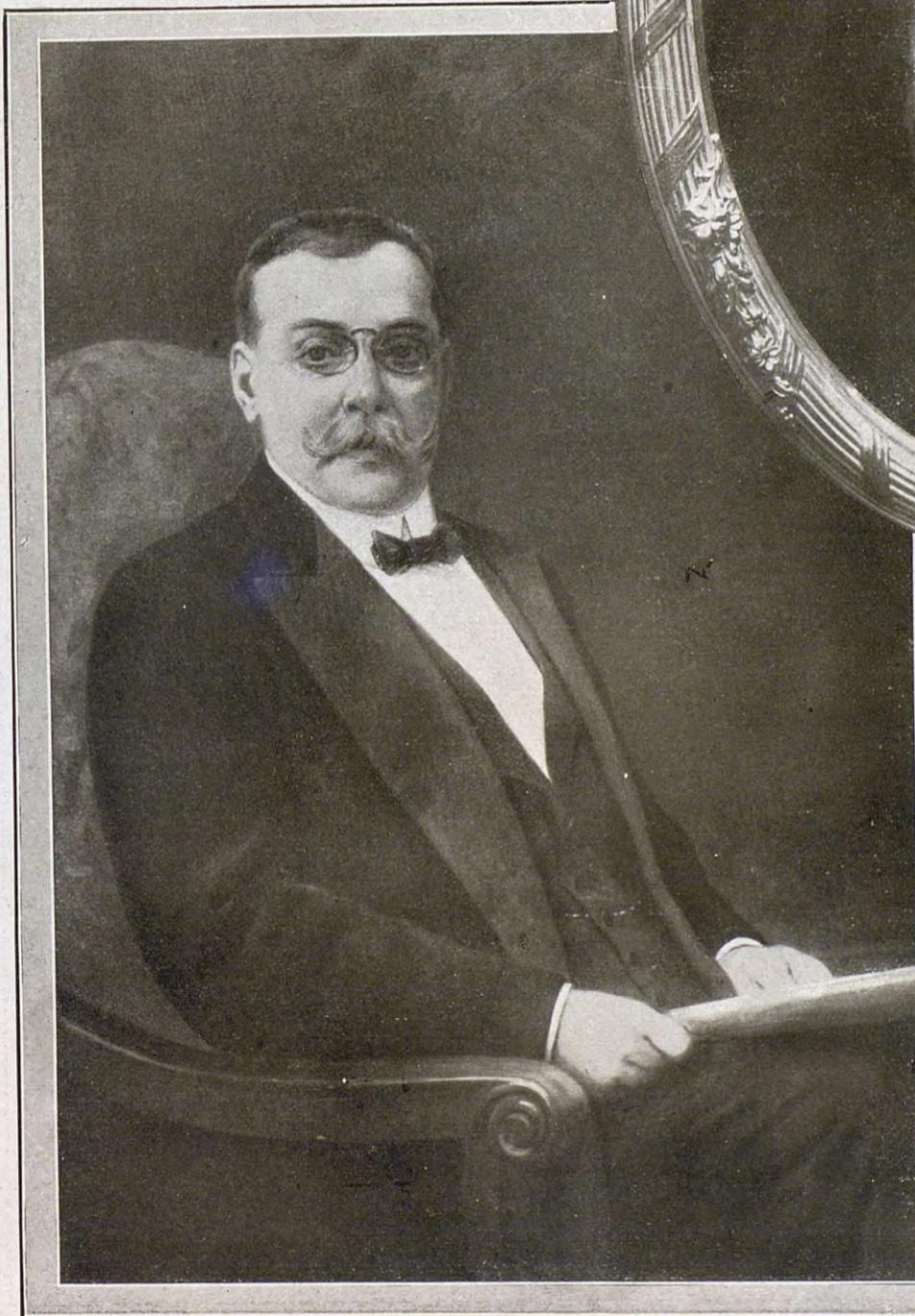
Aunque de opuesta tendencia, no menos notable es el cuadro *Stella matutina*, que en la Exposición Nacional de 1901 valió á su autor consideración y honores de primera medalla y que quizás sea el único lienzo de asunto religioso que haya pintado el ilustre pintor malagueño.

En el mismo año y en el concurso de planas en color de *Blanco y Negro*, que tanta resonancia tuvo, consiguió Pedro Sáenz el primer premio. Desde entonces fué uno de los colaboradores más asiduos de la admirable revista por la cual han desfilado tantos artistas y escritores ilustres. En la memoria de todos están esas admirables siluetas femeninas que Pedro Sáenz ha publicado en *Blanco y Negro*.

ooo

Actualmente, después de veinte años de una vida artística muy activa en Madrid, concurriendo á todas las exposiciones, Sáenz reside en Málaga. Sus obras más recientes son los retratos de los Sres. Danery, acaudalados argentinos. Ambos lienzos se reproducen en esta página y son muestra acabadísima y perfecta de cómo Pedro Sáenz se encuentra en la cima más alta de su arte.

SILVIO LAGO

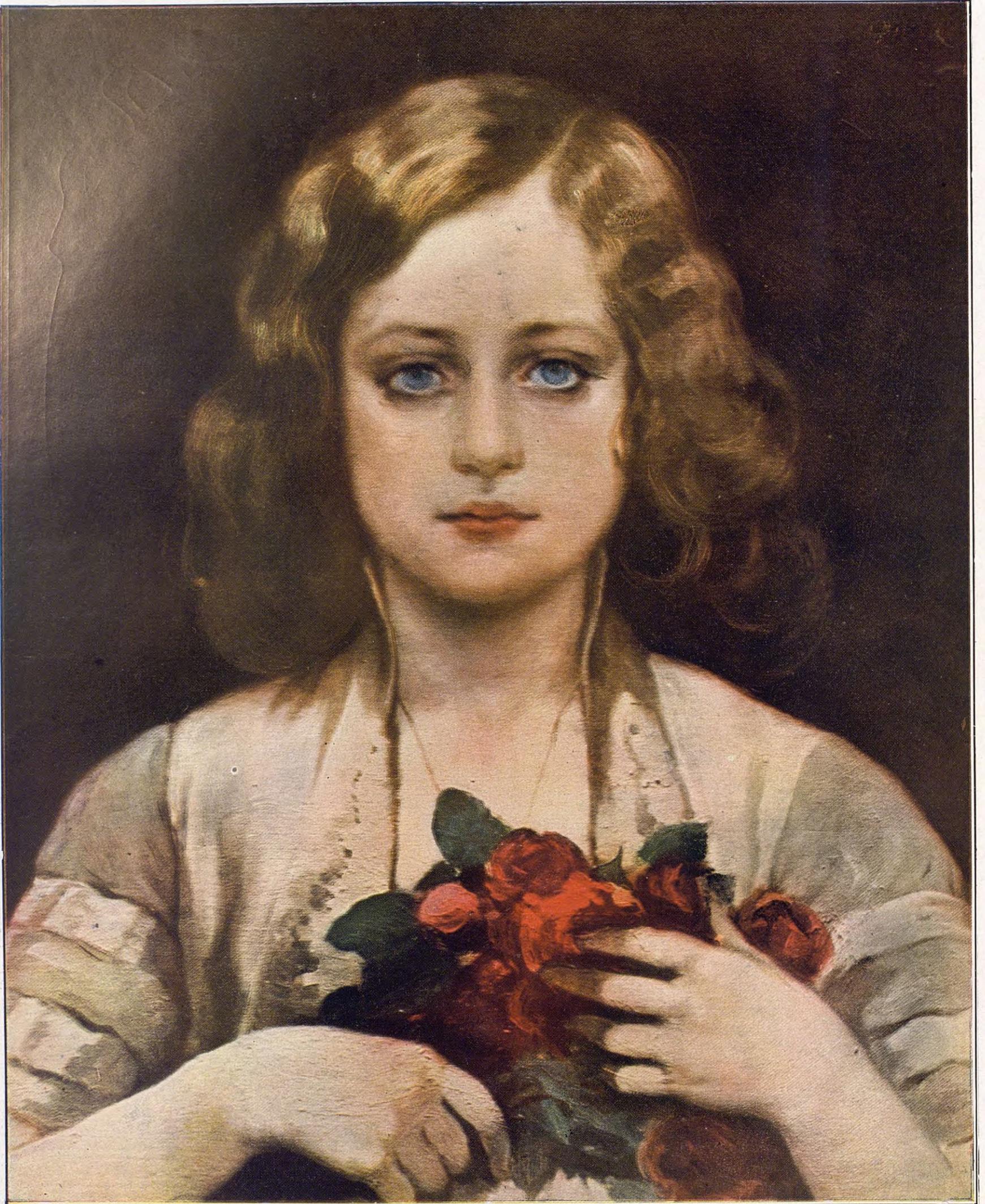


Retrato del Sr. Danery, por Pedro Sáenz



LA ESFERA

ARTE CONTEMPORANEO



INOCENCIA

Cuadro del ilustre artista Pedro Sáenz

**POR TIERRAS
DE CATALUÑA**



ANTE LA "COSTA BRAVA"

EN el plácido mar latino, el mar bello, gestador de leyendas y evocador de poesía, se asienta la «Costa brava» que admiro al escribir estos renglones.

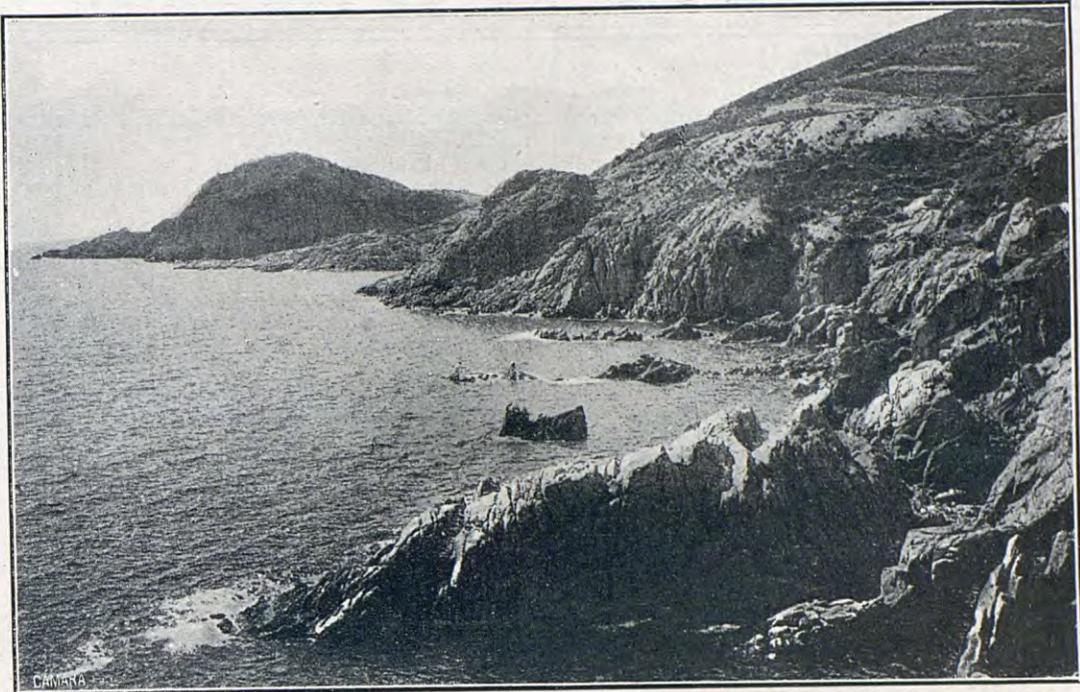
Desde un peñón de altura pavorosa, que desafía gallardo los siglos y las olas, domina mi vista la costa rizada, que ondula el mar en playas soñadoras y en bastiones rocosos de recia y atlética constitución.

La inmensa planicie mediterránea, atrae la mirada con imán irresistible: queda atrás la tierra pintoresca de la costa guixolense, con sus montañas frondosas de verdura intensa, que envuelve entre follaje de castaños y alcornoques blancas casitas que salpican el paisaje cual bandadas de palomas albas, y abajo, cabe el mar, el poblado que hacina la ciudad, cercando la bahía...

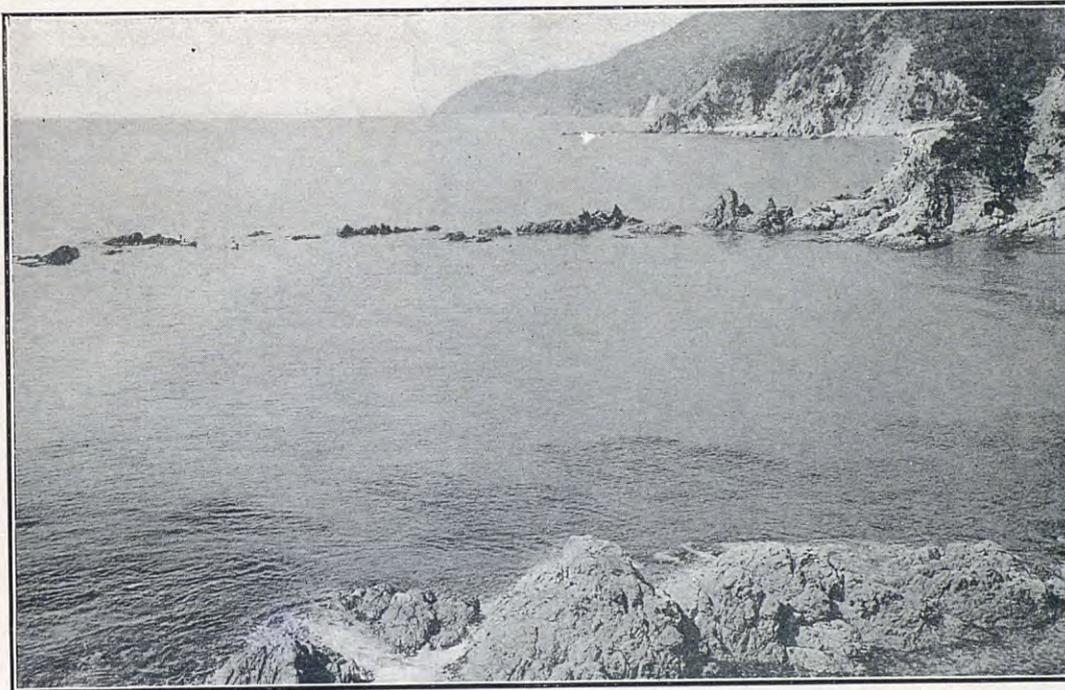
Nada interesa ante la atracción sugestiva del piélago inspirador, que asistió á los albores de la historia épica de nuestra raza.

Asalta la memoria, el confuso tropel de páginas saturadas de rancia pátina y de excelso honor. Aquí se han fraguado las grandes revoluciones históricas de la raza latina, aquí bebieron raudales de inspiración los cantores de su genio, arbolaron los guerreros sus banderas triunfadoras, desplegaron el velamen los barcos mercaderes...

Aquí—pensando ya en la cadena orográfica que se divisa—concentraron un día de lejanías



Punta de Garbí, en San Feliú de Guixols



La playa de Canet, de San Feliú de Guixols

remotas, los atisbos primeros de la colonización helénica: Rodope, hoy Rosas, fué la metrópoli de su comercio hispano: aquí dirigieron los fenicios los remos de sus barcos voladores: los romanos dejaron en Tossa huellas de su paso sembrador.

Todo es interesante, todo rememora recuerdos arqueológicos del oriente secular de la civilización. La tarde en que lo contemplo, se presta á evocaciones ancestrales: no es el bello crepúsculo rosado que sirve al sol de tálamo purpúreo en el refulgente mar: es un anochecer cernido por nubes tenebrosas que lanza el viento en rápido correr. Kilómetros de montañas alargan el horizonte, confluyendo en el mar: tampoco son las montañas apacibles y lujuriantes que miman el paisaje de las rias: son moles rocosas, de tono plumizo y de magnitudes alpestrés. Los picachos de sus crestas se ocultan en los densos nubarrones, que marchan vertiginosos simulando el rápido descenso de los tiempos que engendra la tristeza: envuelven en su negruzco color, torreones de las cimas, que antes sirvieron de atalaya, ocultan santuarios venerados que levantó la piedad y dejan obscurecida la ermita de San Telmo, blanquísimo relicario de suspiros agonizantes de marineros, de alientos angustiosos de esperanza cuando el bravío mar eriza sus olas y anega los faluchos pescadores... Marcha, marcha la tormenta á través de las crestas costeras y

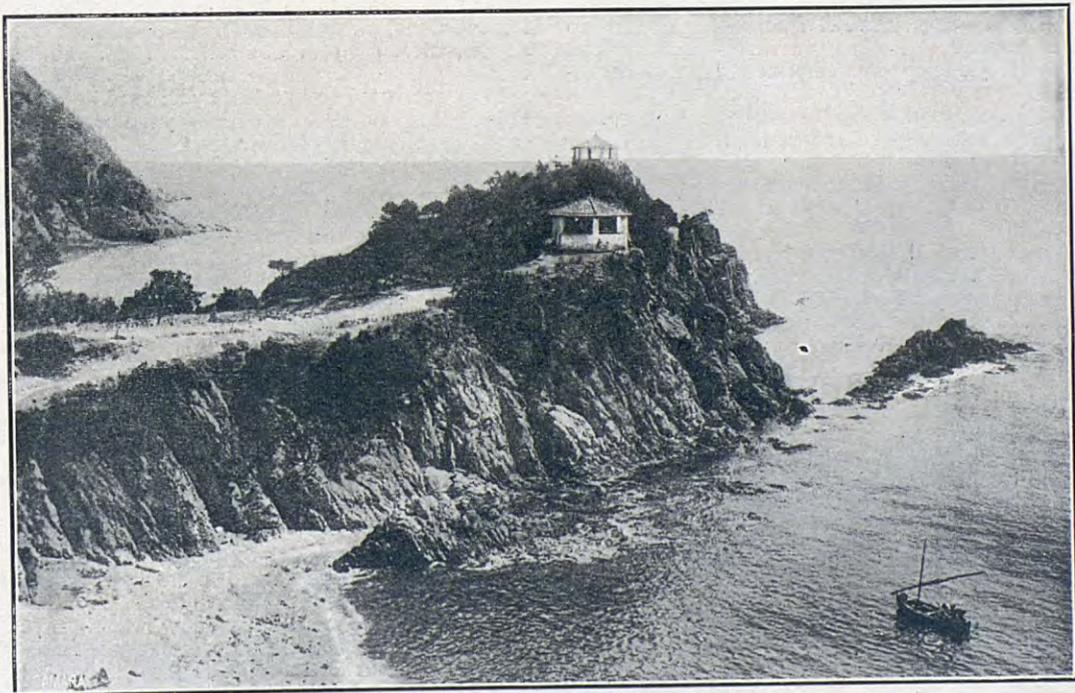
timona el temporal al Pirineo, dejando ennegrecidas las aguas, que colorea á diario el cielo azulado, irradiador de alegría.

La espuma de las olas lame los cimientos incommovibles de la ciclópea fortaleza natural en que me hallo; la blancura nítida que las riza, parece vasallaje del mar á la grandeza de esta muralla, que la contiene con almenada altivez.

La imaginación fantasea orgullosa, vislumbrando en el símil un blasón: pretende ver en el testimonio admirador de las ondas estrelladas, el homenaje de la Historia á la raza valerosa y genial, que ve reflejados en el mar romano los trazos inmortales de su gloria, que encarnaron predilectos en la estirpe hispana, troquel modelador del pueblo que exhornó la sabiduría de Grecia, el instinto comercial de los hijos de Cartago y el heroísmo austero de la Roma maternal.

Pensaba en la rocosa dureza de aquellos montes gigantes, que parecen puestos aquí por una legión de titanes para albergar nuestro indómito carácter, y al mirar por vez postrera aquel paisaje dantesco entenebrecido ya por la plena noche, torné la vista á la ciudad y vislumbré los voltáicos del puerto y las luces del paseo, de donde llegaban notas de música plañidera en son acompasado de sardanas...

San Feliú de Guixols (Gerona). EUSEBIO DÍAZ



Kioscos de Canet, en San Feliú de Guixols

Cuentos Españoles

LA DOMADORA

La estación de Sevilla; muy hermosa. El Duero quedó unos momentos suspenso, contemplando el aspecto morisco de la construcción. Las sombras de la noche no le permitieron desde el primer instante convencerse de la falsedad ó autenticidad del estilo. Entró en las salas de espera y vió inmediatamente que se trataba tan sólo de una hermosa imitación árabe.

No había amanecido aún. El Duero en la cantina de la estación, á la luz de unos focos eléctricos que no lucían espléndidamente, devoró una tortilla inmensa como un pan de hogaza. Bebió agua fresca tan fina y cristalina que descomponía múltiplemente la luz como un brillante; descansó unos momentos y, muy despacio, apoyándose en un bastón nudoso, del grueso del brazo de un muchacho, salió de la estación de Sevilla.

La calle de Julio César ó la acera del Guadalquivir. ¿Por cuál de las dos tiraría?

—Oye, muchacho, ¿cuál es el camino más derecho para ir á la Catedral?

—Ese. Por Julio César á San Pablo y Zaragoza. Y *aluego... tó p'arriba*.

Así lo hizo el Duero. Al llegar á la plaza Nueva empezó á amanecer.

Dos muchachos bronceados, albañiles, con sendas coletas, como trenzas de colegialas, ensayaban seriamente—uno de toro y otro de torero—las suertes más difíciles y vistosas de la tauromaquia.

El Duero contempló la maestría del torero que daba faroles, navarras, largas y verónicas con una gallardía y una bravura dignas de admiración. Después de un galleo supremamente ejecutado, el Duero aplaudió sonriendo. El ejecutante saludó. Dirigiéndose resuelto al viajero le brindó el toro. Un pase de rodillas; otro natural; otro de pecho. Un volapié contrario que tumba sin puntilla. Ovación. El Duero aplaude y deja caer un duro en la gorrilla del *mataor*. El gladiador, en triunfo, da una vuelta alrededor del toro muerto, saludando la plaza solitaria.

El cielo, ya teñido nuevamente de azul, recibe también los saludos del asesino. Una nube fugitiva, cruza; el espada se deshace en cumplimientos.

—Dime—interrumpe el Duero—tú, ¿cómo eres torero?

—Porque tengo una enfermedad que me lo impide.

—¿El corazón, quizá?—pregunta el Duero.

—No, señor. Que sudo mucho.

—¡Hombre!

—En cuanto me veo delante de un *morito*, sea invierno ó verano, rompo á sudar como una fuente.

Al oír ésto, el *toro*, que se está limpiando el polvo de la última caída, se incorpora y dice:

—Eso es miedo *derretío*.

Por la calle de Cánovas del Castillo, el Duero se dirige á la Catedral de Sevilla. Se le ocurre meterse por una callejuela misteriosa y queda parado con asombro ante la famosa tienda del montañés Balbanera. Ve que á un hombre sin movimiento, muerto, al parecer, lo sacan sigilosamente, lo cargan, al través, en un carrillo de mano, y allá va, conduciendo la extraña carga, el chico del mostrador. A poco, se abre la puerta nuevamente, y el amo grita en la soledad de la calle:

—Chicooo... Alijera, que hay dos señores más que no pueden ya con la *arquitectura de la permanencia*. ¡Maldita sea! ¡Y que me vea yo obligado á aguantar sin dormir porque se le ha ocurrido así á ese *perr de pelmazos*! ¡Si no me acordara yo de que soy, á cualquier hora, el

mismísimo inventor de la purificación de la canela!...

Cierra la puerta de golpe.

El Duero avanza deprisa y alcanza al chico de la carretilla.

—¿Va muerto ese hombre?—le pregunta.

—No, señor; ajumerado nada más.

—Y ¿á dónde lo llevas?

—A su casa. Con la túnica que arrastra no podría ir por su pie. En casa de mi amo hay cinco carretillas para transportar á estos borrachos.

El Duero ríe sonoramente de la gracia monumental de pueblo tan pintoresco.

El Duero sufrió una equivocación plena al dirigirse á hora tan temprana del día hacia la soberbia Mezquita sevillana. A esa hora del amanecer, hora fría, sin matices, la soberana Catedral aparece sin el nimbo poético que á su traza

que tiene luz, alegría, mujeres hermosas, «Agustín Blázquez» y un Hospital Provincial, para esos monstruos atacados de la lepra como en los más trágicos suburbios de las ciudades de Oriente.

El sol ya lucía espléndido cuando el viajero daba vista al Hospital de San Lázaro. En la puerta árabe del edificio vió un rosario de leprosos, inmóviles como cocodrilos mirando al sol, que parecían estatuas de piedra cubiertas de musgo. La cara deforme, las piernas de volumen tan espantoso que, en la imposibilidad de cubrir las con una prenda de uso corriente, las llevaban envueltas en trozos de sacos y esteras. Algunos de los leprosos, con unos pañolillos blancos, espantaban las moscas que los devoraban.

Tres leprosos con aspecto menos monstruoso que los demás, salieron del asilo, con picos y palas al hombro, y tomaron silenciosamente el camino fronterero.

El cochero que conducía al Duero, le explicó:

—Van á enterrar. Son los sepultureros del cementerio de San Lázaro.

El Duero no quiso entrar en el asilo. Admiró la cúpula de azulejos, de purísimo azul, bellísima como una turquesa gigante, y dió orden de alejarse.

Los infinitos lugares de gran belleza que hay en Sevilla, dieron, con algunos descansos, al viajero, motivos suficientes para gozar de las felicidades secretas del espíritu, durante todo aquel día. Llegada la noche, aquel hombre extraordinario que—por lo visto—no necesitaba dormir, se hallaba en excelentes condiciones para realizar sus sorprendentes ejercicios.

Y los realizó. Sus músculos, templados sin duda por la fiebre de las emociones artísticas recibidas, tenían aquella noche una elasticidad tigrisca. El Duero hizo alardes fantásticos de elegante fortaleza.

Al final, para corresponder á las ovaciones del público, el artista se suspendió del cable de una polea, allí arriba en la cúpula del circo. Trenzó las piernas y se deslizó con la fuerza y la pesadez de una piedra que cae: á dos metros del suelo apretó los músculos y concluyó el viaje; quedó balanceándose en la cuerda. La ovación fué delirante. Al Duero le llamó la atención un pañuelo color de ámbar que era agitado insistentemente, por una mano femenina, en el fondo de un palco.

Se acercó y vió á la propia y supremamente bella Carmen de la leyenda sevillana, ataviada según el más exquisito gusto europeo: la trágica morena española devoraba á miradas al caballista, con un descaro inmenso. A su lado una anciana distinguida y un adolescente, eran, sin duda, la madre y el hermano de la bella. El Duero, dudó; pero al fin, avanzando resueltamente, entregó á la dama la camelia que adornaba su ojal. La mujer sonrió expresivamente, y correspondió á la gentileza del homenaje fijando la flor en el vértice del escote, tocando al pecho.

El público sonrió primero, y protestó luego con un zumbido especial, como de una colmena inmensa. La hermosa desconocida hizo un gesto de desprecio, y pronunció con toda claridad y belleza un insulto colectivo:

—¡Bah!, ¡imbéciles!

El público protestó ruidosamente. La protesta tomó un carácter zumbón y pesado.

La dama anciana se irguió del asiento: con una expresión de dignidad y cansancio inició la retirada. El adolescente, relampagueándole los ojos, obedeció á su madre. Sólo la hermosa joven, con un gesto lleno de altivez y desprecio, desafiaba al público en la retirada.



Varleta de Senas

Como la protesta continuara, y fuese adquiriendo un aspecto un poco violento, encendido el público por las provocaciones imprudentes y descocadas de la joven, el Duero se consideró en el deber de ofrecer su auxilio á las perseguidas. Una parte del público artista aplaudió el rasgo.

La hermosa al subirse al coche arrastrado por un tronco soberano de caballos andaluces, apretó la mano del caballista.

—Mañana, á las once, en el Alcázar—dijo.

El hércules afirmó.

De impulso violento arrancaron los caballos.

El Duero se dirigió de nuevo á la puerta del circo, abriéndose paso entre la multitud con sus andares elásticos de tigre.

ooo

A las once de la mañana atravesaba Juan del Duero los jardines del Alcázar.

Era hermoso ir á una cita de amor por aquel camino glorioso perfumado de granados y naranjos inmensos contemporáneos de las sultanas.

Por encima de un arbusto vió, allá ante la otra puerta de entrada al Alcázar, el tronco regio de la bella del circo.

Avanzó con emoción por aquellas estancias refrescando, fugazmente, los recuerdos de sus lecturas.

Aquí—se decía—mandó matar Don Pedro el Cruel á cuatro jueces de Castilla; allá, hizo asesinar á su hermano; en la estancia central dió con la mano real de puñaladas á Abu-Said el Rey bermejo que fué de Granada á Sevilla confiando en la fe de los tratados.

En el ventanal de uno de los más bellos aposentos del Alcázar vió, de espaldas, á la Carmen desconocida que, apoyada en la columna de separación de los dos arcos del ajimez, cantaba hacia el jardín para entretener la espera.

Una nuca redonda y bronceada, bajo una nube de rizos brunos. Unos brillantes como agua, temblando en el remate de los zarcillos colganderos. Un sombrero tirolés, blanco, con dos alas de águila real atravesadas por un simulacro de espada con empuñadura guarnecida de casi milagrosas piedras. Una espalda de amazona, soportada por unas caderas de extraordinaria firmeza. Unos pies recogidos, vigorosos, que golpeaban los azulejos del suelo en un son adormilado de danza del desierto.

El Duero contempló aquel conjunto. Los aromas del jardín que penetraban por el ajimez, hincharon, sensualmente, las narices del Duero. Los árboles cabeceantes, el cielo azul, el canto de los surtidores, hicieron combarse el pecho del caballista en un grito sensual, griego.

—¿He tardado, Carmen?

—preguntó sonriendo.

La hermosa se volvió sorprendida; riendo también, contestó:

—¿Cómo sabe usted que me llamo Carmen?

—Es usted una belleza del infierno—exclamó el hércules sin contestar á la pregunta—. En los ojos y en el pelo tiene usted la negrura y el brillo de la pez ardiendo. Esas ojeras misteriosas dan fiebre como las aguas muertas de los pantanos de Nemi. Tiene usted la belleza más grave para un hombre: la belleza del Misterio.

—¿Cree usted que puedo ser un enigma?

—No lo sé, ni me importa—contestó el Duero—. Yo tengo la seguridad de que es usted mala. Guarda usted tesoros de crueldad

para los seres que, sentimentalmente, se le someten. Es usted altiva, inteligente, artista. Hermosa hasta lo supremo; hermosa en Caucasia, en Georgia, en Bohemia. Yo á una mujer de tan espantosa belleza, pero con esa mirada, la deseo, nada más; la deseo.

—Es usted un artista salvaje—contestó la mujer—. Me interesa usted mucho, me interesa.

—Me interesa usted más—contestó el Duero—. Usted ha triunfado siempre. Jamás se ha alzado nadie ante usted, amenazándola. Es usted una domadora.

—Sí; pero anoche, en el circo, se ponían de uñas mis fieras.

—¡Bah! eso es una incidencia jocosa en su vida; ni siquiera un recuerdo. Me refiero á luchas más altas.

—No comprendo—respondió la domadora, con un gesto truhanesco—. Yo soy una pobrecita que viaja por el mundo estudiando, instruyéndose. No sé nada de nada.

El Duero, sonriendo, le contestó:

—«No sé nada de nada»; y lo sabe usted todo. Desde los doce años no aprendió usted nada nuevo.

La bella desconocida hizo un gesto violento de desagrado.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Hay algo en mi actitud que le de á usted derecho á tratarme brutalmente?

El Duero se acercó á aquella mujer y con una falsedad de gitano empezó á aplacarle los nervios. Lo consiguió con facilidad.

El Duero era un hombre moderno.

El gesto de aquella mujer en el circo le hizo concebir una idea clara de su moralidad. Claro que ésto en el caso presente era lo de menos. Pero comprendiendo también que aquella hembra altiva y vehemente jamás se había negado á sí misma un capricho, el Duero decidió encenderle un poco la sangre, dominarla, marearla, jugar un

rato con ella quemando, en este asalto, los primeros carbones de la hoguera.

—Es usted sevillana.

—Sevillana.

—Y gitana.

—Gitana. Hija de un duque negro como el humo, más guapo y más gallardo que un caballista mejicano, y de una hembra *caní* tan hermosa que yo no serviría para peinarle las trenzas. Mire usted.

La mujer abrió un medallón de brillantes que llevaba al cuello y mostró una miniatura de mujer que daba vértigos.

—Es hermosa hasta dar miedo—dijo el Duero—. Pero entonces, ¿la señora que la acompañaba á usted ayer no es su madre?

—No, hombre. Esa es la dueña que me acompaña. Yo soy... esa cosa impresionante que hace pensar, en casos como el mío, en una tragedia del amor y que se llama una hija natural.

El Duero contempló con interés vivísimo el rostro de aquella mujer hermosa.

Sintió un afecto extraño hacia aquella hembra descocada, pero sencilla en el fondo, que le contaba con tal naturalidad lo más grande de su historia.

—Hija de un duque castizo y de una belleza gitana. Es hermoso ese nacimiento. ¿Cómo se llama usted?

—Carmen de la Vega del Guadalquivir—contestó la hermosa.

Quedó pensativo el caballista. La bella lo dejó pensar en silencio unos instantes, y al fin dijo:

—No me juzgue usted mal. En el cartel del circo vi ayer anunciado el nombre de usted: un apellido de arte, tan bello como el mío, ¡el Duero, el Guadalquivir!, quise conocer al caballista y me dejé admirada su fuerza y su gallardía. Lo demás... Es muy extraño apellidarnos así.

—Usted escogió su nombre. Yo también.—contestó el Duero.— Usted es hija de una pareja

castiza que tuvo, por lo menos, los prestigios de un amor pasajero y de la belleza. Yo soy hijo nada más que de los azares de la vida. Yo al menos no sé nada más que ésto; que vivo. ¿Por qué? ¿De quién? No me importa gran cosa. Cuando ellos no me lo han contado, yo no me he interesado en descubrirlos.

Rió la hermosa. Y poniendo su mano cuajada de sortijas en el hombro redondo del hércules, dijo, como en un brindis:

—La vida es nuestra. Somos fuertes. ¡A vivir! ¿Por quién brinda usted?

—Yo por usted y por la vida: por la Vega del Guadalquivir.

—Yo por usted también; por las aguas de su río.

Se estrecharon los brazos.

Rieron.

Poderosos de salud, de belleza, de vida, los dos seres mediterráneos se aventuraron por las estancias del Alcázar ante la envidia y la admiración de los espíritus fosilizados del público de visitantes.

Sólo un viajero voluminoso y extraño los contempló sonriendo. Era el gran poeta boxeador norteamericano Walt Bourner que visitaba Sevilla y que venía á desafiar por tercera vez á Juan del Duero.

Las dos veces anteriores, el aventurero había derribado sobre el *ring*, sin sentido, al artista americano.

Ahora Walt Bourner esperaba que la morena domadora le entregara á su enemigo indefenso...

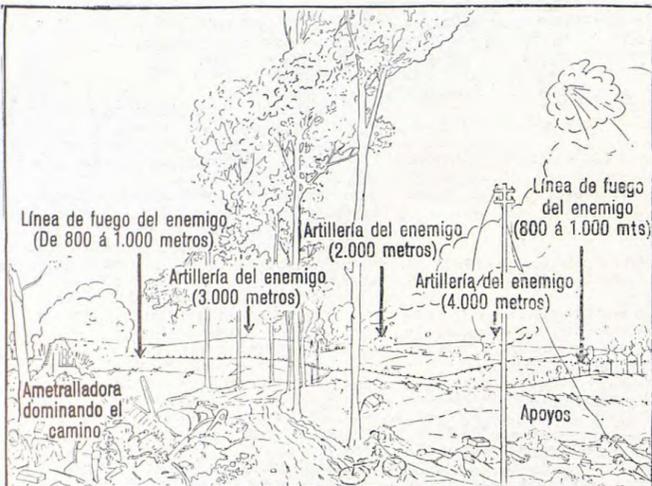
Prudencio IGLESIAS HERMIDA

DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS

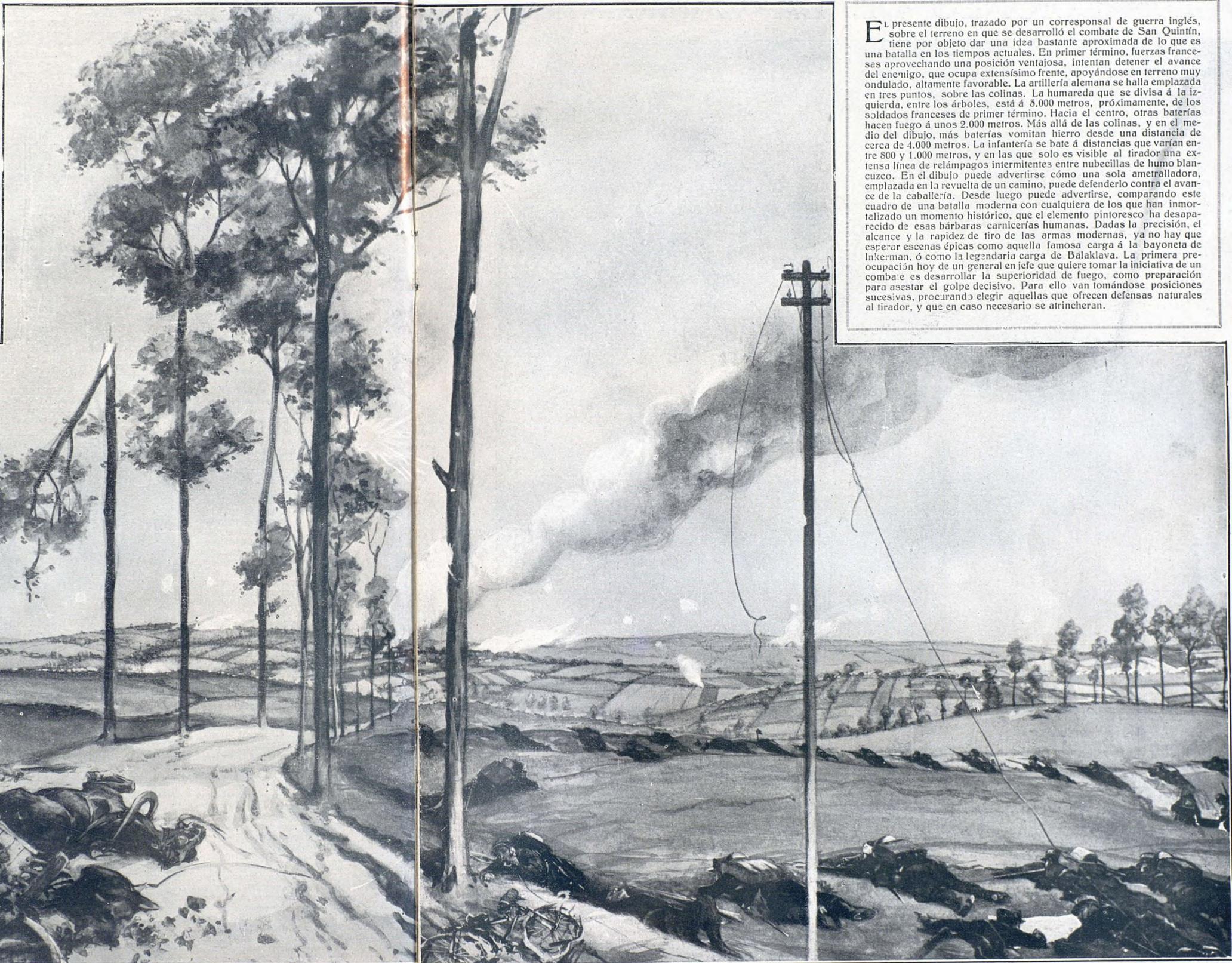


=Varra de Seijas=

ASPECTOS DE UNA BATALLA MODERNA



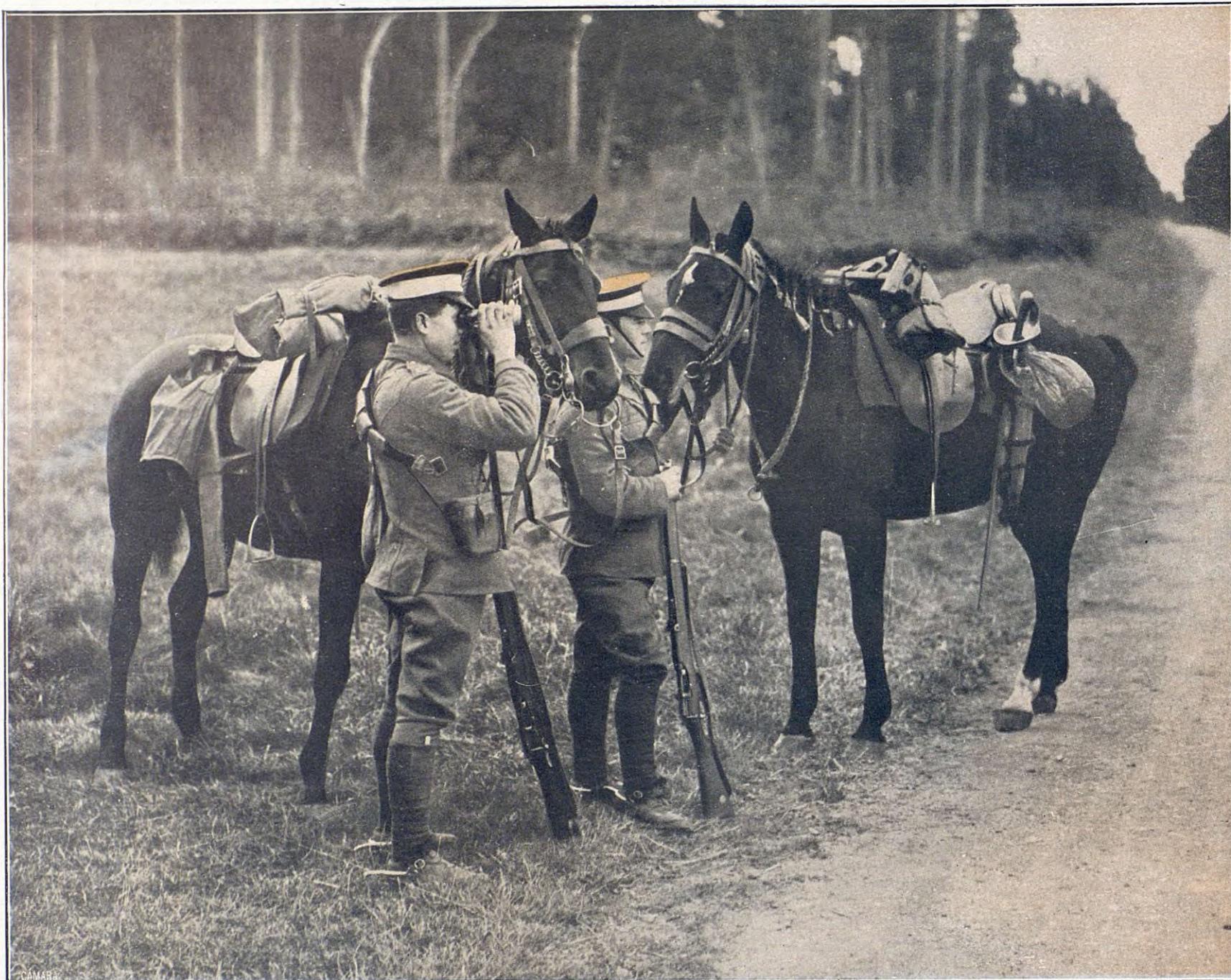
Clave del adjunto dibujo mostrando las distancias á que combaten la Infantería y la Artillería



El presente dibujo, trazado por un corresponsal de guerra inglés, sobre el terreno en que se desarrolló el combate de San Quintín, tiene por objeto dar una idea bastante aproximada de lo que es una batalla en los tiempos actuales. En primer término, fuerzas francesas aprovechando una posición ventajosa, intentan detener el avance del enemigo, que ocupa extensísimo frente, apoyándose en terreno muy ondulado, altamente favorable. La artillería alemana se halla emplazada en tres puntos, sobre las colinas. La humareda que se divisa á la izquierda, entre los árboles, está á 5.000 metros, próximamente, de los soldados franceses de primer término. Hacia el centro, otras baterías hacen fuego á unos 2.000 metros. Más allá de las colinas, y en el medio del dibujo, más baterías vomitan hierro desde una distancia de cerca de 4.000 metros. La infantería se bate á distancias que varían entre 800 y 1.000 metros, y en las que solo es visible al tirador una extensa línea de relámpagos intermitentes entre nubecillas de humo blanco. En el dibujo puede advertirse cómo una sola ametralladora, emplazada en la revuelta de un camino, puede defenderlo contra el avance de la caballería. Desde luego puede advertirse, comparando este cuadro de una batalla moderna con cualquiera de los que han inmortalizado un momento histórico, que el elemento pintoresco ha desaparecido de esas bárbaras carnicerías humanas. Dadas la precisión, el alcance y la rapidez de tiro de las armas modernas, ya no hay que esperar escenas épicas como aquella famosa carga á la bayoneta de Inkerman, ó como la legendaria carga de Balaklava. La primera preocupación hoy de un general en jefe que quiere tomar la iniciativa de un combate es desarrollar la superioridad de fuego, como preparación para asestar el golpe decisivo. Para ello van tomándose posiciones sucesivas, procurando elegir aquellas que ofrecen defensas naturales al tirador, y que en caso necesario se atrincheran.

Fases iniciales de una batalla de extenso frente. La infantería, al comenzar la acción, toma como punto de mira la línea de fuego enemiga, señalada por una débil franja de humo á gran distancia

IMPRESIONES DE LA CAMPAÑA



Húsares ingleses en una carretera inmediata á Reims, explorando el campo enemigo

Brillante ha sido la participación que el cuerpo expedicionario inglés ha venido teniendo en las operaciones del Norte y Noroeste de Francia desde que desembarcó en Boulogne.

Fué dirigido por Joffré sobre la extrema izquierda francesa para contener por esa parte de la línea el impulso germánico. En la batalla de San Quintín, los húsares ingleses, que tantas páginas de gloria cuentan en su historial, lograron detener por varias horas con



sus repetidas cargas sobre las masas de caballería alemana, constituidas por la flor de la Guardia Imperial, el desarrollo del formidable ataque á fondo germánico. Los viejos héroes de la conquista de la India, del Afganistán, de Egipto y del Transvaal, conquistaron nuevos laureles en la reciente batalla sobre el Ourcq y el Marne, debiéndose á su acción persistente sobre la derecha alemana la iniciación de la retirada de los invasores.

Tropas alemanas saliendo de Bruselas para hacer un reconocimiento

FOTS. CENTRAL NEWS

LA AVIACIÓN EN EL EJÉRCITO INGLÉS



EL CUERPO DE AVIADORES MILITARES INGLESES (ROYAL NAVAL AIR SERVICE), CUYO UNIFORME SE ASEMEJA AL DE LOS MARINOS, VIENE DESEMPEÑANDO IMPORTANTES SERVICIOS EN LA CAMPAÑA ACTUAL

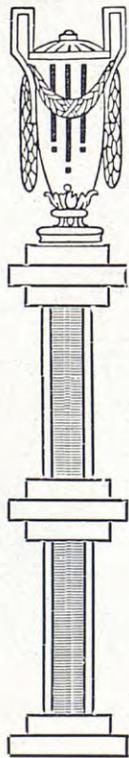


Victorioso combate de un regimiento de lanceros franceses contra importantes fuerzas de Caballería prusiana en la batalla de Amiens.—Este momento heroico de la lucha ha sido reconstituido con admirable fortuna por el ilustre dibujante F. Matania



DE LA VIEJA ESPAÑA

—Yo, señor canónigo, tengo en Flandes puesta la ambición del alma, y así, considero que es trabajo inútil del que me amonesta, darme sus razones, cuando no las quiero. Más que un buen consejo, puede una ballesta. Si oro da en palabras, démelo en dinero, y ahorre los latines que ni á cuento vienen, ni Ucé los penetra, ni á mí me convienen. Nace uno con beca, y es un canto llano su primer vagido y hay hombres cabales, que al nacer guerrear porque de antemano vieron ya la espada junto á los pañales. Hay quien por la pluma, gárrulo y liviano diera los mentidos bienes terrenales, y hay quien por los bienes terrenales, trueca pluma, espada, tirso, talabarte y beca. Yo hablo duro siempre; lo que pienso digo. Reto con los ojos al que mal me mira. Mi lengua es la espada; con ella litigo siendo juez mi fuerza, mi alguacil la ira. Juego los gañiles, tapadas persigo, mas mi afán enciende, la que más suspira y si está en clausura, me indigno y exalto, y pongo el asedio é intento el asalto. ¡No se escandalice si le desagrada, Frey Ramírez! Propio de los hombres, creo exponer la vida que nos dan prestada por cualquier insulto, por cualquier desseo. Tener la conciencia débil y arropada, tirar de los días, cebón sin empleo, transigir con todo lo que nos hostiga sólo porque en calma medre la barriga, propio es de judíos pletóricos, vanos,



jábegas del oro y huchas del bazar, vejigas de grasa, mogotes humanos, que Mercurio, un día, nos dejó al pasar. Nunca á las mercedes, tenderé mis manos; gloria que yo tenga, la quiero ganar. ¡Qué hemos de hacer, padre, si en vez del hisopo siempre con la espada toledana topo! —Huélgame, hijo mío, ver el derrotero que sigues; los hombres, han de ser así; mas... si vas á guerras, no pidas dinero, puesto que de sobra, lo hallarás allí. Y si tropezaras con el plomo artero, como ha de acabarse todo para tí, no es justo, ni es santo que yo pobre quede, porque tú lo embolses y otro te lo herede. Consejos, tampoco pretendo endilgarte; oro, ni en palabra, te quiero entregar; tú echas esas cosas siempre á mala parte y el tiempo en retóricas no pienso gastar. Minerva, no es tuya; sé fiel para Marie; mercedes, no quieras contrito implorar. ¿La espada, es tu verbo? Pues habla con ella. ¡Mas ¡ay! si un chinarro, la espada te mella! Yo, rancio católico, de Dios sacerdote, soy, sin ser judío, vejiga de grasa, barriga que medra, rollizo cogote que el sol congestiona y el céfiro abrasa. No quiero ir á Flandes; mas teme que agote tu mucha insolencia, mi paciencia escasa, porque entonces... sabes que yo siempre topo, no con la fizona, é í con el hisopo.

EL PRIMER HECHO DE ARMAS DE LOS INGLESES



LA CABALLERÍA INGLESA Y LA ALEMANA SE ENCUENTRAN EN UN PUEBLO DE LOS ALREDEDORES DE BOULOGNE

Es este uno de los primeros hechos de armas de los ingleses en la guerra actual. Fué algo terrible é inopinado que surgió entre dos patrullas de caballería. Las fuerzas del general Frech desembarcaron en Boulogne y destacaron algunos contingentes de húsares para explorar el terreno. En un pueblecillo del Norte, los húsares británicos descubrieron al sal-

var la entrada de una calle, fuerte pelotón de coraceros alemanes que avanzaba al trote. Los adversarios, repuestos momentáneamente de la mutua sorpresa, lanzáronse unos contra otros con tremenda furia, acuchillándose sin piedad. Veintisiete germanos muertos y doce prisioneros constituyeron el primer triunfo conseguido por las armas inglesas en la presente campaña.

PÁGINAS DE LA HISTORIA
EL KAISER EN PARÍS



CAMARA

GUILLERMO II

A raíz de su coronación, en 1888.—(De un retrato al óleo)

La fácil y fecunda fantasía popular ha contado varias veces, cómo Guillermo II, para sustraerse un momento á los enojos de la vida de corte, abandonara secretamente Potsdam, realizando una cautelosa y rápida visita á París, acompañado por un amigo fiel.

A tales relatos hemos opuesto siempre escéptica sonrisa, conscientes de las mil dificultades materiales que habrían de ofrecerse al Kaiser para burlar la vigilancia de sus familiares, quienes, sin duda, se hubieran opuesto á que el Soberano se expusiese á ser objeto de demostraciones hostiles por parte de un pueblo que no podía olvidar la *Debâcle* del 70. Pero no era sólo este temor. Los mismos gobiernos habrían eludido todas las responsabilidades derivadas de los desagradables incidentes. No hace aún tres meses, la presidencia del último *Salón* parisino oponíase de un modo rotundo. Llegando á plantear la cuestión de confianza, á que figurara en el certamen, entre las obras de un famoso escultor tedesco, un busto del Emperador. Temíase que la marmórea efigie determinara explosiones del fermento antiteutón. Por embajadas y cancillerías pasó una sombra trágica. Ensombreciéronse las graves frentes diplomáticas y el fantasma de la

guerra apareció en el campo de las posibilidades.

Y si ese penetrante sentido de responsabilidades, tan altas y delicadas, presentó el gran peligro latente de una guerra franco-alemana en la simple exposición de un retrato, en el ángulo tranquilo y discreto de una sala, ¿cómo habría podido permitir nunca, ni bajo ningún pretexto, el paseo á través de las populosas avenidas parisienses del verdadero, del auténtico Guillermo, tan característico, tan difícilmente disimulable?

La leyenda de la visita, esa pintoresca leyenda florecida en la imaginación popular, no era, pues, acreedora al crédito de las gentes. Los políticos bien informados negaron que el viaje se hubiera efectuado en ningún tiempo, después de la guerra franco-prusiana. Y los periódicos germánicos añadieron, con cierto aire fanfarrón: «El Emperador no ha dado hasta hoy ningún paseo por París. Mas, como tiene ganas de darlo, si alguna vez lo realiza en nuestra compañía, no entrará de incógnito, sino en triunfo.»

Nuevamente ha vuelto á acertar el espíritu popular. Guillermo II *ha estado ya en París*. Claro es que en condiciones de estrechísimo incógnito que no conoce el público y que durante muchos años no han trascendido al periodismo callejero. Los cómplices de esa visita mantuvieron siempre una discreción rigurosa y cemplar. Las mismas personas extrañas que de ello alcanzaron noticia no dieron al episodio excepcional importancia. Yo mismo, que sabía del acontecimiento, me abstuve de divulgarlo en la prensa,

y no sólo por haber prometido el silencio al barón Owen, sino porque ello se me antojaba entonces de escaso interés público. Pero hoy han cambiado las cosas, hasta el punto de ser este incidente de la vida privada del Kaiser, algo muy digno de ser divulgado. Es LA ESFERA, revista de todas mis simpatías, la que levanta el velo y despierta los recuerdos.

ooo

En los innumerables artículos publicados en Europa, reveladores de detalles ignotos ó de episodios íntimos de la vida de Guillermo II, jamás vi alusión alguna á esta escapatoria. Callan acerca de ella hasta los recientes libros de las princesas de Radziwill y de Uruzoff, que se refieren especialmente á la mocedad del Kaiser. La Radziwill, cuyo nombre va unido al de los Hohenzollern, con cadena de rosas, tiende á evocar ante la nueva corte de Berlín, la pequeña corte real de Prusia, é insiste, sobre todo, en dibujar las figuras de Bismarck y de Moltke, que ella llama *el Taciturno*. Y en cuanto á la embajadora rusa de Uruzoff, nada puede referir del caso, ya que el interesantísimo diario de sus memorias comienza en el año 1880. El único que, seguramente, se ocupará de la aventura, con riqueza de noticias curiosas, es el



FEDERICO III
Emperador de Alemania



GUILLERMO I
Rey de Prusia y Emperador de Alemania en 1870

viejo barón Frederik Owen; pero el libro de sus recue dos ha sido interrumpido por el huracán de la guerra. En espera de que la próxima paz nos ofrezca, entre otros dones, ese volumen, cometamos para LA ESFERA una indiscreción inocente, y anticipemos algunas noticias.

ooo

En uno de los castillos de la provincia rhiniana he vivido horas románticas, contemplando durante un atardecer, desde gótico ventanal, cómo se teñían de rojo las aguas del río legendario, bañado por los arreboles del sol muriente. Barcazas chatas como bandejas, abarrotadas de trigo, de hulla, de troncos de abetos, derivaban lentas, sin que mano mortal las guiase, cual pequeños islotes errantes. Siguiendo dócilmente la corriente del Rhin, aquellas mercaderías, llegadas del Mar del Norte, surcaban la gran línea de navegación interior llamada de tarifa «pobre», para detenerse más tarde en los inmensos docks sobre la *Rhein-fall*. Un cable de hierro, casi invisible en la obscuridad del agua, enlazaba los islotes flotantes con la ribera; sobre el cable una polea de acero, pequeño pero potente artificio, llamado con justicia «el mulo eléctrico», porque reemplaza admirablemente la tracción de sangre, deslízase hacia el centro de Europa. En la orilla derecha, al pie de colinas revestidas de espléndidos viñedos, las gigantes chimeneas de las fábricas lanzaban al espacio torrentes de humo negro y denso. Sobre ese mundo, en donde el agua y la tierra, esclavizados, servían á la actividad multiforme del hombre, erguíase el castillo, señorial y fantástico. Allí, un colega cariñoso, el corresponsal romano del *Berliner Tageblatt*, debía presentarme al que fuera años atrás preceptor de Guillermo II.

Sonrisas amables, costumbres convencionales, palabra... La barba del barón de Owen,—que ya era blanca y tiene ahora la pálida coloración del marfil secular—agítase bajo la mano nerviosa que la acaricia. Sobre la mesa, un ánfora rebosante de uvas artificiales, y bajo los racimos de celuloide blanda, una lámpara eléctrica poniendo reflejos ambarinos en las descarnadas mejillas de nuestro diplomático interlocutor. Avanza la noche. El barón parece decidirse á entreabrir el arca de los recuerdos. Por un momento tengo la ilusión de respirar aroma de alcanfor y de legajos apolillados.

Por el contrario, del relato se desprende un fragante perfume de juventud. Es la juventud del Kaiser.

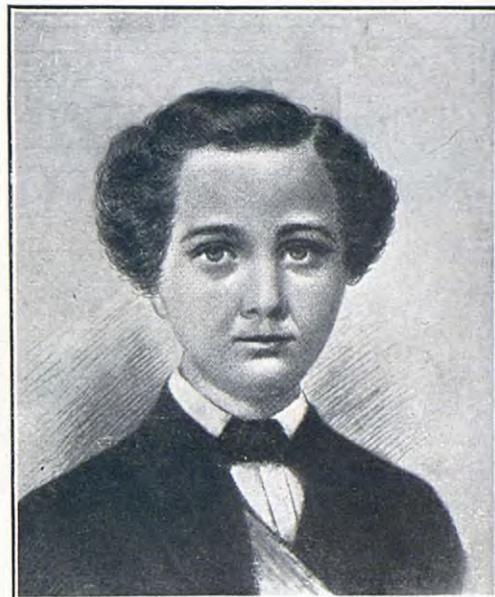
ooo

Guillermo II ha estado dos veces en París. La primera fué en 1864. Era entonces Príncipe de Prusia, y acompañaba á sus padres. No vale la pena de detenernos en esta visita. El Príncipe tenía cinco años.

La segunda vez fué en 1878 y estuvo por propia voluntad, luego de haber luchado encarnizadamente con sus familia-

res, que, con toda razón, mostrábanse opuestos al viaje. El odio á Alemania habíase exacerbado. Habría que ocultar su escapatoria á las mismas autoridades francesas, empresa no muy fácil, ciertamente. Pero el hijo del Kronprinz, con la tenacidad de sus diez y nueve años, insistía, amenazando con marchar solo á París. Y si se le ponía el veto definitivo á París, que se le dejase al menos ir á Versalles. Era la cuna del Imperio germano y él quería visitarla.

Tres semanas antes habían llegado allí en viaje de novios la hermana del príncipe Guillermo, la princesa Carlota y el Príncipe heredero de Sajonia-Meiningen. Los dos cónyuges, acompañados por una dama y un gentilhombre de la corte Prusiana, emplearon la estratagema de fingirse ingleses. Sir Richard Wallace, Embajador de Inglaterra, habíase prestado gentilmente á presentarles á las autoridades francesas como parientes de la familia real británica. Y no mentía. Porque, en efecto, la madre de la Princesa era la hija de la reina Victoria. De añadidura, y para conservar mejor el incógnito, los dos augustos viajeros hablaban siempre en inglés, é iban acompañados por dos auténticos *detectives* del *Scotland Yard*. «¿Por qué habrá de causar extrañeza—añadía el fogoso Guillermo—que los dos



El príncipe imperial Napoleón, hijo de Napoleón III y de Maria Eugenia de Guzmán

La primera, ó de las primeras visitas del Príncipe, fué para la iglesia de los Inválidos. Pensativo, contempló durante algunos minutos la tumba de Napoleón, por el que siempre sintió el Kaiser actual admiraciones limitadas y escasas. Por el contrario, su corazón palpitó con fuerza al pisar los umbrales del palacio de Versalles. La gran sala en donde ocho años antes fuera proclamado el Imperio alemán y elegido Emperador el viejo Guillermo, su abuelo, le retuvo en cambio acaso media hora. Miraba ávidamente aquellos objetos, que le recordaban en tierra francesa, el triunfo de *los suyos*, y quizá pasaron por sus ojos fantásticas imágenes de victorias futuras, mientras se agitaban, tumultuosos, en el pecho, esos deseos, esas ambiciones, esas ansias de conquista que hoy, desencadenadas al fin, se manifiestan ante el estupor del mundo aterrorizado, convulsionando la labor pacífica de las industrias y de las artes, deteniendo, ¡quién sabe por cuánto tiempo! los progresos que dictó la cultura.

Dos noches casi consecutivas asistió el Príncipe al *Théâtre Français*, viéndosele aplaudir con entusiasmo á Sarah Bernhardt en la *Doña Sol* del *Hernani*. También fué otra noche á oír *La Reina de Saba*, de Goldmark, cuya interpretación y presentación juzgó inferior á la del Teatro de la Opera de Berlín.

Un día quiso tomar parte en la ascensión del globo cautivo de las Tullerías, espectáculo nuevo por entonces. Fué imposible persuadirle de que aquello era una temeridad sin nombre. El Príncipe saltó en la barquilla y se elevó en los aires. El barón Owen y sus compañeros pensaban, con espanto, en la contingencia de un accidente, que al poner en grave peligro la vida del futuro Kronprinz, revelase al propio tiempo la identidad.

De la misma intranquilidad participaba el Embajador británico, y no perdonaba ocasión de hacerlo comprender, cuando invitaba el Príncipe á algún *five o'clock tea* en el famoso pabellón de *Bagatelle*, en el *Bois de Boulogne*. No obstante las advertencias de Sir Richard Wallace, el Príncipe Guillermo iba allá con frecuencia. Le encantaba *Bagatelle*. De niño había pasado en ese delicioso rincón del Bosque horas felices.

Bagatelle pertenecía entonces á un potentado inglés, el marqués de Hertford, y este lo había puesto á disposición del hijo de Napoleón III, como más adecuado que las Tullerías á los juegos del Príncipe heredero.

Wilhelm y *Lulú* correteaban por la verde *pelouse* bien ajenos á las grandes horas históricas que el porvenir reservaba á uno y otro.

Habían transcurrido diez años. Quizá soñaba ya Guillermo con esta jornada terrible que, hoy, á los treinta y seis años de fecha, y teniendo que surcar un océano de sangre, acaba de emprender sin el peso del incógnito...

FEDERICO GIOLLI



BISMARCK

supuestos príncipes *ingleses*, sean imitados por un tercero más joven?».

Wilhelm, sin ceder una pulgada en su resolución, continuó machacando el hierro oposicionista hasta obtener del complaciente Gobierno de Saint James la prosecución del engaño respecto á las autoridades francesas, si bien imponiendo éste algunos puntos de cautela y preceptos de disciplina, á los que el Príncipe declaró previamente someterse. El hijo de la baronesa de Reitzenstein, Frederik Owen, asumió la delicada misión de acompañar al futuro Guillermo II, juntamente con el coronel Von Liebens y el teniente Von Jacobi, que ahora, ya general, manda una de las divisiones enviadas contra Francia.

Los príncipes de Sajonia-Meiningen aposentábanse en el Hotel Mirabeau.

El Príncipe Guillermo, con la ilusión de estar más libre, obtuvo á última hora autorización para instalarse en un hotel diferente y un tanto alejado del Mirabeau, el Hotel Chatam. El misterioso viajero llegó á París en los comienzos de Junio, mientras el Embajador alemán, Príncipe de Hohenlohe, disfrutaba en Berlín de una breve licencia. Esta ausencia era significativa. Porque en la Embajada alemana se debía ignorar en absoluto la presencia del Príncipe Guillermo en la capital francesa. Durante su estancia en ella los cuatro personajes jamás comieron fuera del hotel, y se guardaron mucho de pronunciar ni una sola palabra en alemán, por temor á descubrirse.



MOLTKE

PAGINAS POÉTICAS

ÍNTIMA

*Por qué te quiero tanto, me preguntas,
 adorable muñeca
 de los sublimes ojos transparentes,
 de la rubia ondulada cabellera
 y de los rojos labios, encendidos
 al fuego de un amor que el pecho alienta.
 ¿Por qué te quiero tanto? ¿No lo sabes?
 ¿A tal extremo alcanza tu inocencia?
 ¡Lo ignoras todavía, y es, acaso,
 galardón para tí que no lo sepas!
 ¿No te dicen mis ojos,
 si te miras de cerca
 para cegar el brillo de los tuyos
 al propio resplandor de tu belleza,
 cuánto vale la joya que retratan,
 cuánto luce el tesoro que reflejan?
 Pues oye de mis labios el secreto
 de una pasión intensa:
 Mi loca fantasía,
 mi loca fantasía de poeta,
 que, en pos del ideal, briosa avanza,
 una imagen creó de encantos llena,
 formada de ilusiones y de ensueños,
 de rosa y nácar y divina esencia.
 ¡Y eres tú la deidad que yo he soñado,
 y eres tú, siendo humana, más perfecta!
 Y quiero que te admire todo el mundo,
 que sólo míos tus encantos sean,
 y, si un día la muerte nos separa
 y soy yo el desdichado que se aleja,
 dos mercedes reclamo de tu afecto,
 que serán para mí gloriosa ofrenda:
 la flor que deposites en mi tumba,
 las cristalinas lágrimas que viertas;
 que la flor del recuerdo es siempre viva
 si el puro llanto del amor la riega,
 ¡y es el recuerdo la oración callada
 que Dios recoge porque á Dios se eleva!*

FEDERICO GIL ASENSIO



LA ESFERA
BELLEZAS ARISTOCRÁTICAS



SRTA. CARLOTA ESCRIVÁ DE FRÍGOLA
hija de los Barones de Cortes

He aquí una de las más gentiles figuras del Madrid elegante y aristocrático. Todo en ella es encantador: la belleza del rostro, la espontánea gracia del ademán, la donosura é ingenio de su conversación. Como en el viejo cuento de hadas, todos los dones fueron de felicidad para la grácil y linda figura de mujer que evoca la gallarda silueta de la princesita de ese mismo cuento

H. Doté

..... ESCENAS TRISTES DE LA GUERRA



Después de un combate.—Soldados belgas recogiendo los cadáveres, mientras que los vecinos ven arder sus hogares incendiados por las tropas invasoras

SCAUDIDA la perplejidad en que nos había sumido el absurdo de la guerra europea, forzados á admitir la realidad, el hecho en su desolación tremenda, surge en nuestros espíritus (¡oh bendito y pueril optimismo!) la esperanza de algo que ha de dulcificar al menos el horror de la contienda.

Recordamos á este propósito unos párrafos de Concepción Arenal que, leídos cuando asistíamos á las aulas de una vieja y gloriosa Universidad, obraron el prodigio de estremecernos con un inmenso júbilo de anunciación: «El hombre (el de nuestro siglo) no es, ni bastante bueno, cuerdo é ilustrado para hacer imposible la guerra, ni bastante malo, insensato é ignorante para no imponerle condiciones que la hagan menos repulsiva á la razón, menos abominable á la conciencia; vive en una época de transición; lucha entre el pasado y el porvenir, unas veces rodeado de luz, otras en la obscuridad profunda, con ecos para las voces divinas y rugidos de fiera; duda, vacila, teme, espera, decae, cobra aliento, se contradice, lucha, tiene negaciones impías, afirmaciones sublimes y purificando la mano ensangrentada en el combate con las lágrimas que vierte al contemplar sus víctimas, escribe *el derecho de la guerra*; si este derecho no puede llamarse justicia, es al menos una aspiración, una protesta».

Con qué afán estudiábamos entonces aquella sección del derecho internacional público. Qué entusiasmo al encontrar *las leyes de la guerra*, incipientes, diseminadas aún en instrucciones y convenios. Este derecho nuevo, pensábamos, cuyos primeros brotes van apuntando ya, florecerá espléndido mañana y restringiendo paso á paso la crueldad de la guerra acabará por extirparla.

Más tarde aprendimos que no siempre los beligerantes cumplían estrictamente con *las leyes de la guerra*; supimos de crueldades búlgaras en el pleito balkánico, ¡pero bah!, en aquellos estados que viven aún en plena adolescencia eran casi disculpables tales violencias, y no hablemos de las luchas sostenidas por los pueblos civilizados con aquellos otros primitivos y salvajes; allí era preciso usar de un rigor no mitigado con humanitarias tolerancias.

Donde se observarían escrupulosamente las magníficas reglas aprobadas en Oxford por los jurisconsultos y tratadistas de mayor fama universal: Bernard, Bluntschli, Hollan, Landa, Martens, Pierantoni y Schulze; lo mismo que las del convenio de Ginebra de 1906 y las votadas en las conferencias de El Haya de 1899, ratificadas y ampliadas en 1907, sería en el caso improbable de que estallase una contienda guerrera entre na-

ciones como Alemania, Francia, Inglaterra é Italia, las más cultas, las más fuertes en todo el amplio sentido de la palabra.

Y sin embargo, declarada la conflagración actual, por si no era lamentable el derrumbamiento de todo aquel precioso entrecruzamiento de ideales, de intereses, de solidaridades internacionales que mantenían viva la substantividad de Europa, como ha dicho muy bien un periodista insignie, Alemania una de las naciones que mayor impulso han dado á la cultura y que suscribió *las leyes de la guerra* en Oxford y en El Haya, ha sido la primera en violarlas. Los aeroplanos y los dirigibles germanos ciérnense en vuelos trágicos sobre las ciudades enemigas y arrojan bombas que, ciegas, inconscientes, pueden esta-

llar sobre un hospital, sobre un jardín donde juegan los niños, sobre el afán laborioso de un taller, en la paz de un hogar humilde donde unas viejecitas lloran...

Las granjas belgas tan limpias, tan bellas, que hablan de una agricultura científica y próspera, aparecen á nuestros ojos en los grabados de las revistas, arrasadas, destruídas. Visé encendiéndose el primero como una antorcha siniestra que anunciase el paso de los devastadores. Después Lovaina, la ciudad indefensa que perece bajo los cañones inútilmente crueles. Una autoridad de la iglesia condolióse de ello hace bien poco.

El Mar del Norte sembrado de minas, escollos científicos y terribles, mil veces más peligrosos que las rocas legendarias de Escila y la vorágine mitológica de Caribdis, constituyen también una violación de *las leyes de la guerra*; al chocar en ellas los barquitos mercantes, trabajadores inofensivos y amables, piruetean un instante sobre las aguas para hundirse luego fatalmente.

Si quisiéramos penetrar en el hondo sentido hermético de las cosas, el asesinato de Jaurés y la muerte del Papa blanco de la Eucaristía, pareceríanos un símbolo doloroso y terrible. Toda idea de paz y de piedad alejose de la tierra aventada por el bárbaro cataclismo de la guerra.

Dentro de pocos días celebraránse en nuestras universidades los exámenes de Septiembre, y tal vez algún catedrático distraído ó candoroso formulará al examinando la pregunta impúdica:

—A ver, díganos usted algo de *las leyes de la guerra*.

Y á nuestro juicio, el alumno, merecedor de la calificación más alta, sería aquel que respondiese: «*Las leyes de la guerra*, señor, son una prueba de que los impulsos generosos del corazón humano no cristalizan jamás en realidades á no ser que una fuerza los imponga. Por eso *las leyes de la guerra*, expresión de un derecho desprovisto del elemento coactivo indispensable, son en todo tiempo una utopía y hoy véense arrolladas por *la necesidad de vencer*, ley imperativa de los beligerantes, que sonará como un sarcasmo brutal en los oídos de aquellos hombres buenos y candorosos que creyeron en la eficacia de unas leyes que no tienen otra sanción que la remota é intangible de la Historia. Mientras no exista un alto tribunal provisto de medios coactivos, será imposible oponer á los que obran en nombre del derecho de la fuerza, la fuerza del derecho. Y ese estado superior de cultura, cuyo órgano ha de ser el tribunal á que nos referimos, está, señor, tan lejos, tan lejos...»

AGUILAS Y VICTORIAS

Auguran estas villas un porvenir de espadas.
¿Ha de flotar en sangre la barca de Caronte?
¿Vendrán desde el Olvido las leyendas doradas
y arderá nuestra casa en el rojo horizonte?

No viviréis conmigo las cosas de mi padre:
la huerta, los mastines y aquella mecedora,
donde sentí las últimas caricias de mi madre;
donde soñé á la luna, donde soñé á la aurora.

Por todos los caminos irá la misma pena;
te abandonan los Manes á tu mala ventura.
¿Quién abrirá mi piano y oirá la Sirena,
que sabe la encendida canción de mi locura?

Las águilas funestas nos traerán su idioma;
el oso pirenaico lanzó ya su bramido,
y vuelve de los aires la divina paloma
que busca nuestras manos para guardar su nido.

¡Oh, triste patria mía! ¡Oh, triste patria mía!
Deshabitada y pobre y esposa de dolor;
sobre tí la corriente de mi melancolía
y en tu noche salvaje mi canto ruiseñor.

Ya no tendrás juristas, ni la torpe canalla,
ni el mirto y las magnolias del oculto paseo;
y has de cruzar desnuda el campo de batalla,
desnuda por la sangre que hierve de deseo.

¡Oh, la voz de los campos, el arpa de los pinos,
y las rosas marchitas en las tumbas sagradas!
Sobre la vieja copa de los mares latinos
se apaga el sol doliente bajo las siete espadas.

PEDRO PENZOL

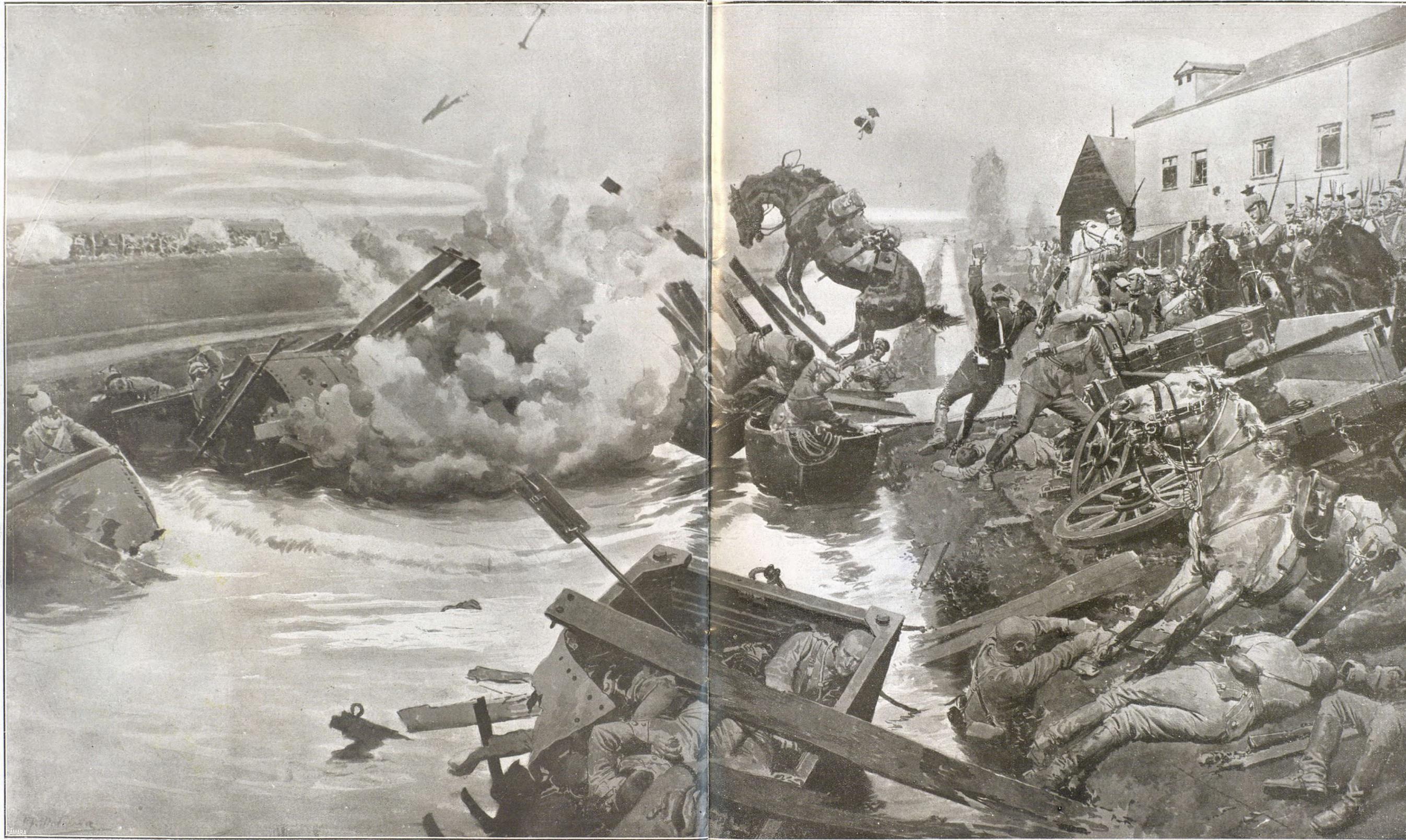
LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



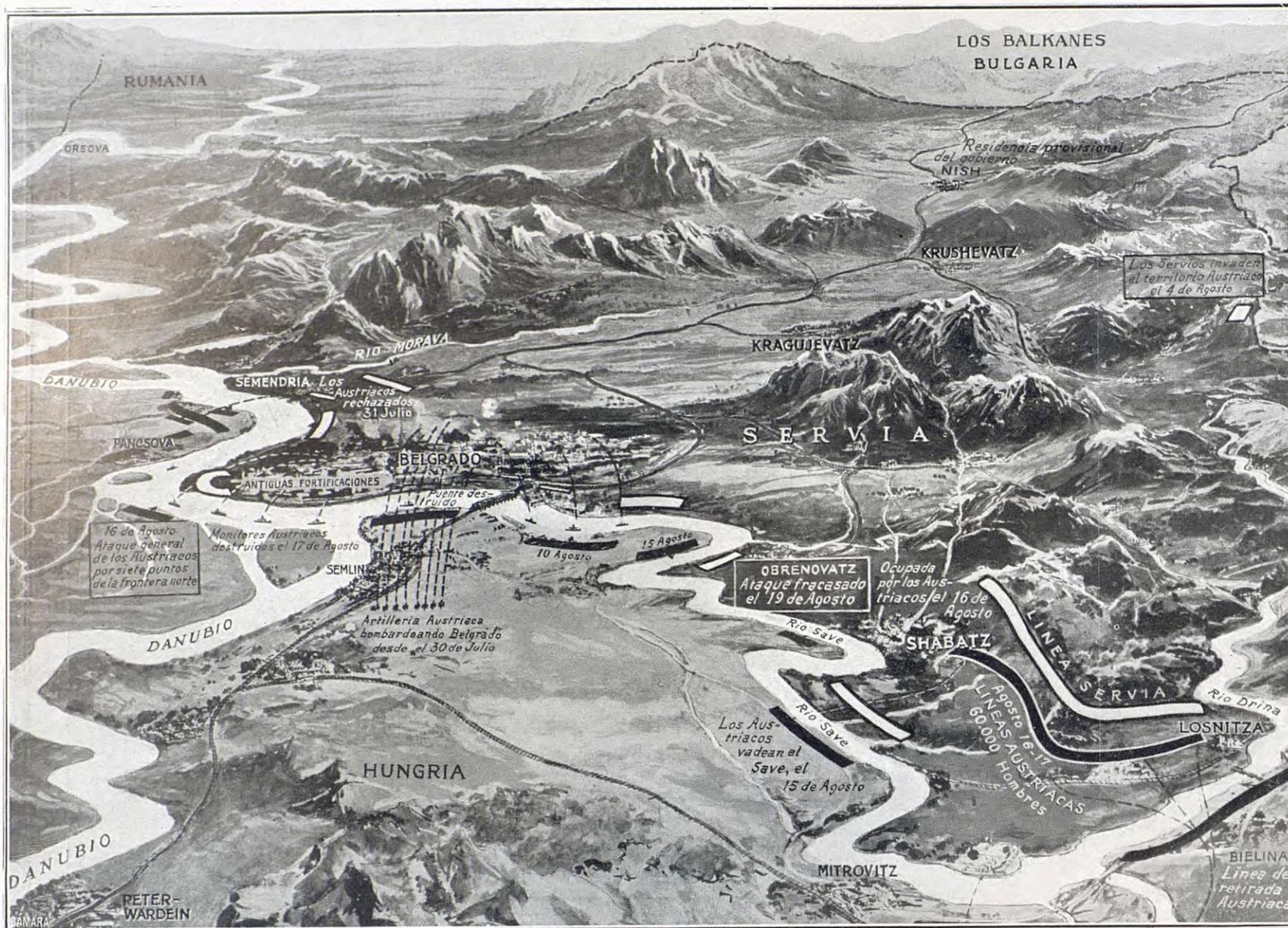
RETRATO DE LA SEÑORITA T. S., por Pedro Sáenz

VISIONES TRÁGICAS DE LA GUERRA



En la batalla de Mons la artillería inglesa hizo fracasar por diez veces el ataque de los alemanes á las posiciones británicas, destruyéndoles otras tantas veces los puentes de barcas tendidos por las fuerzas de ingenieros sobre el canal de Mons á Condé, que constituía la defensa natural de dichas posiciones

LA ACCIÓN AUSTRIACA EN SERVIA 2



Desarrollo de las operaciones del ejército austriaco en Serbia, y cuyo fracaso determinó la famosa retirada del Drina

SERVIA es un país eminentemente militar. En 1901 y preparándose para la acción histórica que preveía, implantó el servicio militar obligatorio, haciendo pasar por las filas de su ejército a todos los hombres útiles desde los diez y ocho á los cincuenta años.

De diez y ocho á veinte y de cuarenta y seis á cincuenta sirven en la milicia nacional, desde los veintuno á los treinta y uno en el primer *ban*, de los treinta y dos á los treinta y siete en el segundo y de los treinta y siete á los cuarenta y cinco en el tercero.

El primero y el segundo *ban* constituyen el ejército de campaña, el tercero el de segunda línea ó territorial y la *laudsturm* ó milicia nacional. Cinco regiones divisionarias subdivididas en tres distritos regimentales, cada una de éstas en cuatro zonas de batallón, constituyen la organización militar serbia.

Son capitalidades de región divisionaria: Nish, Valievo, Belgrado, Kragujevatz y Zajecar; la primera de dichas plazas es cabeza de la división de Morava, la segunda de la del Drina, la tercera de la del Danubio, la cuarta de la de Semendria y de Timok la quinta.

Al mobilizarse estas cinco divisiones se organizaron otras cinco con el segundo *ban*, tomando los mismos nombres con el ordinal II.

En pie de guerra hay veinte regimientos de cuatro batallones de á cuatro compañías y una sección de ametralladoras en infantería, y además cuatro compañías guarda fronteras, otra de guardia real y un batallón de gendarmería.

La caballería consta de cuatro regimientos de cuatro escuadrones, otro escuadrón de guardia real y otro de gendarmería.

La artillería tiene siete regimientos de campaña. En total sesenta y dos baterías, de ellas cuarenta y cinco montadas, dos á caballo, nueve de montaña y seis pesadas; dos batallones de plaza de á cinco compañías con ciento tres piezas de grueso calibre.

Este ejército que en Kumanovo, Uskub, Priles, Monastir, Novibazar y Pristina, derrotó á las huestes otomanas, es el que mide sus armas con las tropas austriacas.

El croquis adjunto, señalando los relieves del abrupto suelo serbio, sus fronteras y sus cursos de agua, pone de manifiesto las operaciones austro-serbias, desde la ruptura de hostilidades hasta promediar el pasado mes de Agosto.

Rememorando los hechos he aquí su resumen, gráficamente compendiado en el croquis:

23 de Julio: «Ultimatum del gobierno austriaco al serbio para que éste castigase á los cómplices del asesinato del gran duque heredero de Austria y para que consintiese la intervención de las autoridades austriacas en Serbia; día 24: Rusia y Francia intervienen solicitando una aprobación del ultimatum austriaco que terminó el 26; Alemania aprobó, en dicho día 24, la conducta de Austria. Todo hacía ver la preparación de la Tríplíce para la lucha. El 25 se niega Austria á prorrogar el ultimatum; Rusia comienza la movilización de sus ejércitos; el 26 empieza, tras la retirada de diplomáticos, la movilización serbia.

El 27 Austria declara la guerra á Serbia. Los serbios vuelan el puente del Save.

El 30 los monitores austriacos, situándose en el Danubio, bombardean Belgrado; el gobierno serbio abandona la capital y se traslada á Nish. El día 30 comienza el bombardeo de Belgrado

por tierra, situándose las baterías austriacas, como señala el croquis, á orillas del Danubio. El 31, desde Mitrovitz los austriacos pasan atacando la orilla opuesta del Drina y son rechazados por una columna serbia. Tres regimientos austriacos son derrotados.

El día 4 de Agosto los serbios invadieron la región austriaca de Novibazar, siendo rechazados. Mandaba el ejército serbio el príncipe heredero, llevando como jefe de Estado Mayor al general Puntnik.

El 10 los austriacos bombardearon Antivari y los serbios avanzaron por la Herzegovina.

El 15 los austriacos pasaron el Save, invadiendo Serbia; el día 16 el ataque austriaco se hizo general por todo el Norte de la frontera y tras ruda y tenaz lucha fueron rechazados en siete puntos. En este día y el siguiente, perfecta y sólidamente atrincherados los serbios, combaten cerca de Shabatz apoderándose de tres regimientos austriacos y de catorce cañones; los austriacos tienen que replegarse, atravesando el Drina, en tres líneas de retirada que se concentran en las inmediaciones de Bielina.

En este día 17 cinco monitores austriacos del Danubio son echados á pique por los cañones de los fuertes antiguos, cercanos á Belgrado.

Siguiendo las operaciones sobre el croquis se ven las fajas negras austriacas y las blancas serbias, que en este promedío del pasado mes sostuvieron con ahinco ruda pelea, tras la cual los austriacos abandonaron el abrupto suelo de Serbia, para contener en su territorio la invasión audaz del pequeño pueblo balcánico.

AURELIO MATILLA

LA INVASIÓN DEL TERRITORIO AUSTRIACO



LOS REGIMIENTOS DE COSACOS ATRAVESANDO UN PUEBLECILLO DE LA GALITZIA, EN SU AVANCE HACIA LAS FORTIFICACIONES AUSTRIACAS

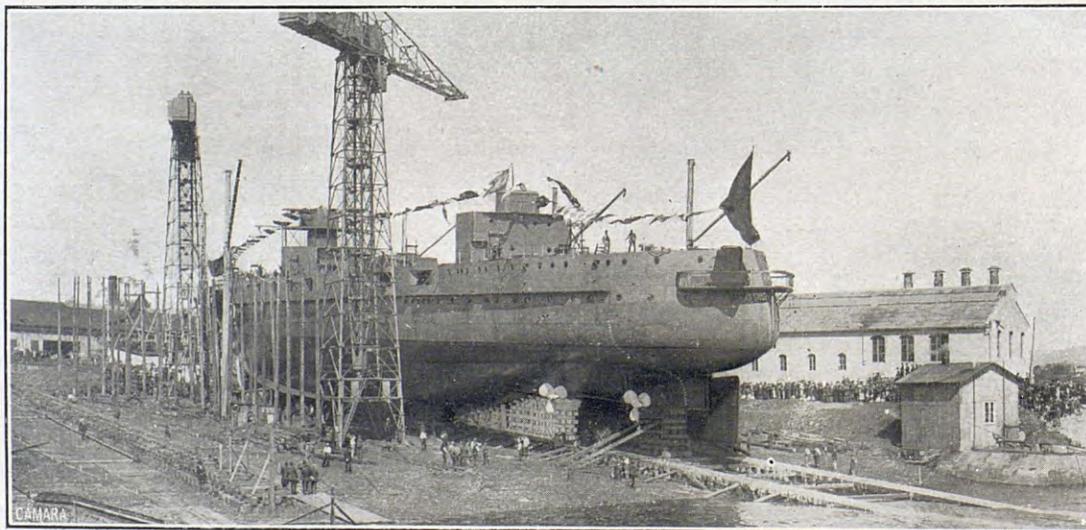
Dibujo del ilustre artista inglés Clark

BOTADURA DEL ACORAZADO "JAIME I"



El señor conde de Zubiría, presidente de la Sociedad Española de Construcciones Navales, ofreciendo á SS. AA. RR. los Infantes Doña Luísa y D. Carlos el hacha de oro con que la serenísima señora, madrina del barco, cortó las amarras para el lanzamiento

El acorazado *Jaime I*, tercero de los buques de combate que componen el primer programa naval, posee las siguientes características: eslora entre perpendiculares, 152'58 metros; manga máxima, fuera de la faja blindada, 24; puntal á la cubierta superior, 12'74; calado, 7'77; desplazamiento, 15.700 toneladas; velocidad, 19'50 millas; capacidad de carboneras, 1.900 toneladas; radio de acción, 5.000 millas;



El "Jaime I" visto de costado, momentos antes de ser lanzado al agua

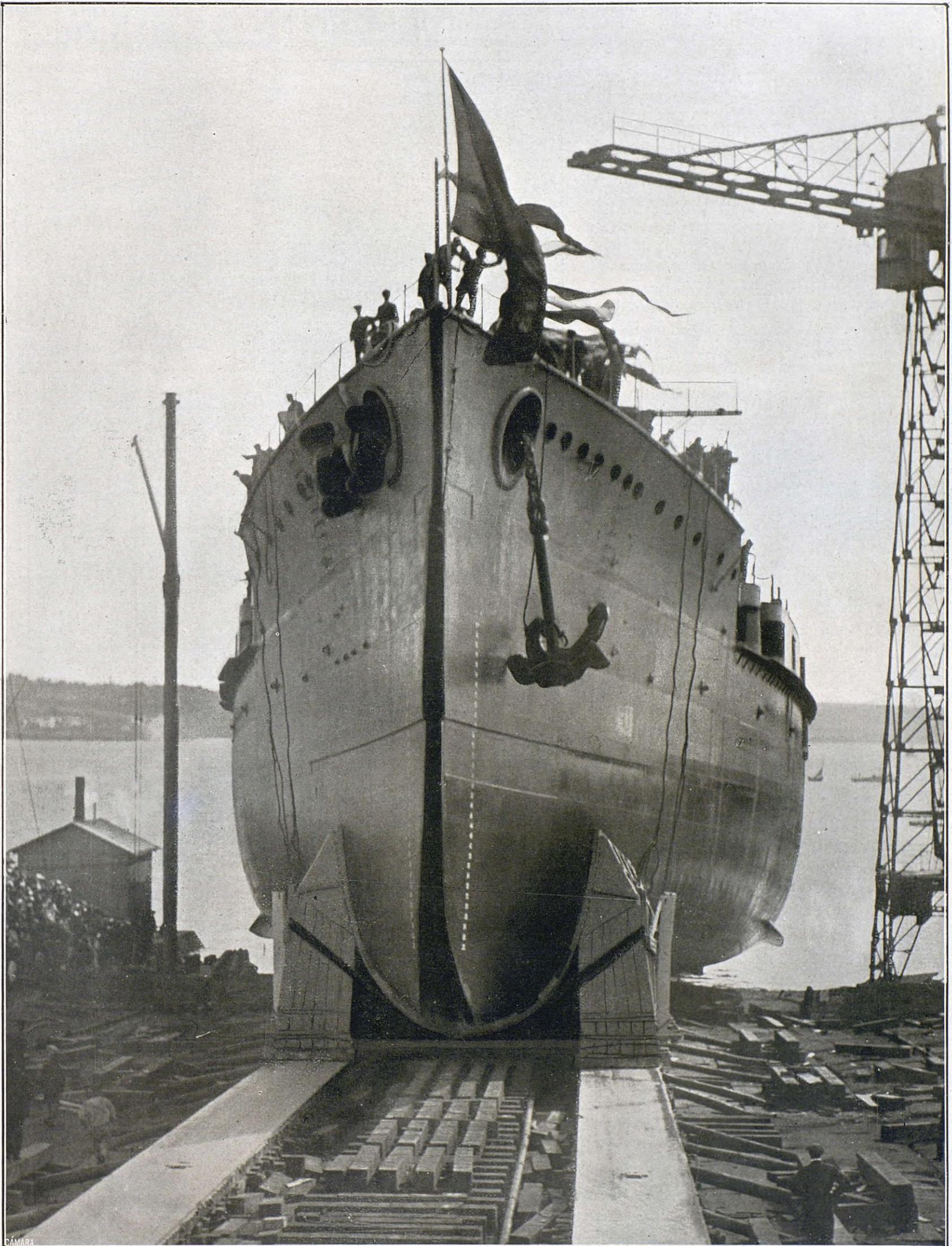
dotación, 710 hombres.

Como protección lleva una faja de coraza de flotación de 230 milímetros de espesor de acero Krupp.

El buque, cuyas gallardas líneas pueden apreciarse en las fotografías que acompañan, constituye una magnífica muestra de lo que puede hacer la industria nacional y honra á la *Sociedad Española de Construcción Naval* y á su dirección técnica.

LA ESFERA

EL LANZAMIENTO DEL "JAIME I"



SOLEMNE MOMENTO EN QUE CORTADAS LAS AMARRAS POR S. A. R. LA INFANTA DOÑA LUÍSA, MADRINA DEL NUEVO ACORAZADO, COMENZÓ ÉSTE A DESLIZARSE SOBRE LA GRADA CON DIRECCIÓN AL MAR

FOT. CAMPÚA

LA MODA FEMENINA

EN mi crónica anterior prometí contestar á una última pregunta de la serie con que me regaló una cartita puramente perfumada y deliciosamente ingenua. Mejor dicho, no prometí contestar, contesté. Y contesté afirmando, porque así lo requería la certidumbre de la respuesta.

La curiosa autora del escrito quería saber si la Moda había decretado la existencia de alguna excentricidad y si así era, en qué consistía. Y como realmente el imperioso decreto existe y la extravagancia también, voy á salir de mi compromiso poniendo al corriente á mis lectoras de la novedad. Consiste ésta en algo extraño que no podría suponer la más disparatada imaginación. Y sin embargo se le ha ocurrido á un señor ó señora, que á punto fijo no he podido dar con el autor, y la ha lanzado por teatros y la han mosirado en los salones utilizando al sugestivo é indispensable modelo.

El original disparate lo constituyen sandalias adornadas con piedras preciosas de las que se destierra la bisutería.

Diamantes, perlas, rubíes, toda la gama de luz y de colores que encierran las facetas de tan riquísimas alhajas, van á destinarse al adorno de los pies y á ser engarzados en finos tafletes y pieles flexibles y suaves como la seda.

Falta ahora que encuentre devotas la nueva sandalia que aparte del inconveniente nada despreciable de su costo, tiene el de que ha de usarse con el pie desnudo y como calzado para noche.

Por si fuera poca la transformación en el calzado y la dislocación que supone en el presupuesto anual de indumentaria y sus accesorios, trae también para llegar á la cumbre del desatino esta condicion indispensable.

Y menos mal que la trae. Por regla general todas estas salidas de tono, llevan en sí mismas un vicio de origen que viene á servirles de verdugo. Pensar en que las elegantes desnuden sus pies para presentarlos entre la joyante sandalia, *dernière creation*, es soñar imposibles. El uso del zapato pequeño y coquetón oprimiendo los pies en un disculpable afán de reducirlos de tamaño y de amoldarlos con algún sacrificio á las hechuras de moda ha conspirado contra la forma primitiva y ha quitado al pie los encantos que sin duda encierra cuando es naturalmente pequeño, y por las transparencias de la piel



En la lencería de lujo se están haciendo notables progresos de confección y de adorno. Es muy digna de aceptación la tentativa de la cofia blanca. Para la *toilette* mañanera no hay nada de mejor acierto. Los cabellos desordenados encuentran un arreglo pronto con la aplicación de la cofia que nimba de nieve las rosas de la cara y presta á la cabeza una coquetería encantadora. Debe hacerse de muselina ó de nansú blancos y su adorno sobrio y ligero consistirá en flores del mismo género ó iazos de seda de un color suave. El terciopelo puede combinarse con mucho éxito. Y aunque la sencilla cofia tenga como principal objeto ocultar á la mirada el desarreglo del cabello, no debe prescindirse de éste como elemento esencial é indirecto de adorno, ya en una graciosa y estudiada libertad sobre la frente y las orejas, ya asomando en rizos tentadores sobre la nuca.



nacarina se advierten las suaves coloraciones rosáceas de la sangre. De poder lograrse esto, quizá hubiera tenido fervorosas partidarias el caprichoso calzado. Nos recordaría los tiempos de Grecia y Roma, complementado con un acercamiento del vestido á las formas de la época romana que han intentado con fortuna algunos modistos. Pero no se puede salir de la realidad. Si la extravagancia tiene arraigo, será muy pasajero y probablemente circunscrito á una cierta clase de elegantes para las que todo lo exótico y llamativo es un aliciente poderoso y lo que es peor, necesario.

En el reino de las equilibradas, dentro del que me cuento, con perdón de ustedes, no progresará la mágica sandalia. ¡Por lo menos así lo creo, yo que tan pocas veces me equivoco en estas predicciones!

ROSALINDA

ALBERTO ITURRIOZ

... FUENCARRAL, 20 ...

Cuadros, cromos, dibujos,
estampas. :: Marcos y mol-
duras. :: Miniaturas. :: Re-
producciones

La casa mejor surtida de Madrid

GRAN SALÓN DE EXPOSICIONES

CREACIONES "KEPTA"

LAS PERLAS KEPTA Y LAS PIEDRAS DE COLOR RECONSTITUIDAS ESTÁN
MONTADAS EXCLUSIVAMENTE CON BRILLANTES VERDADEROS
EN ARTÍSTICAS MONTURAS DE PLATINO
Y HAN OBTENIDO EL PRIMER PREMIO
Y MEDALLA DE ORO EN PARÍS

NO TENEMOS SUCURSALES NI AGENTES; NUESTRA ÚNICA CASA EN ESPAÑA ESTÁ EN
MADRID: 2, CARRERA DE SAN JERÓNIMO

PARIS

36, Bd. DES ITALIENS

S. PETERSBOURG
21, MORSKAYA

KISLOVODSK
PERSPECTIVE GALITZINSKY

MOSCOU
6, KOUSNETZKI MOST

LABORATORIO

AVENUE PIERRE BLANC
MONTMORENCY FRANCE

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL
EDITADA POR "PRENSA GRÁFICA S. A."

Director: Francisco Verdugo Landi ☐ Gerente: Mariano Zavala

Número suelto: 50 céntimos
Se publica todos los sábados

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA	EXTRANJERO
Un año. 25 pesetas	Un año 40 francos
Seis meses. . . 15 „	Seis meses . . 25 „

PAGOS ADELANTADOS

Diríjanse pedidos al Sr. Administrador de "Prensa Gráfica", Hermosilla, 57, Madrid ◊ Apartado de Correos, 571 ◊ Dirección telegráfica, Telefónica : : : y de cable, Grafimun ◊ Teléfono, 968 : : :

EDUARDO BOX

ROPA BLANCA

LA CASA MÁS ECONÓMICA EN BLUSAS
DE SEÑORA, ROPA BLANCA, ENCAJES,
BORDADOS Y TODA CLASE DE PRENDAS
: : : : : PARA NIÑOS Y BEBÉS : : : : :

CARMEN, 25---MADRID

Se envían catálogos a provincias

Se admiten suscripciones y anun-
cios a este periódico en la

LIBRERÍA DE SAN MARTÍN

PUERTA DEL SOL, 6, MADRID

== Venta de números sueltos ==

ANTES de haber usado Flores del Campo. DESPUES de haber usado Flores del Campo



Supera al mejor
extranjero

Jabon
**Flores del
Campo**

Creacion de la
Perfumeria **Floralia**
Granada 2, MADRID



IMPRESA DE «PRENSA GRÁFICA», HERMOSILLA, 57, MADRID



PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS

res/137